

13379

Sette 30/1/11

CATALUÑA

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALLIA

# EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

## LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA EN CUATRO ACTOS, EN VERSO Y PROSA.

TERCERA EDICION.

1792

MADRID:

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1871.

L47 - 6013

# CATALOGO

## DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.  
Amor de antaño.  
Abelardo y Eloísa.  
Adnegación y nobleza.  
Ángela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar después de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por señas.  
A falta de pan...  
Artículo por artículo.  
Aventuras imperiales.  
Achaques matrimoniales.  
Andarse por las ramas.  
A pan y agua.  
Al África.  
Bonito viaje.  
Boalica, *drama heroico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenea.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.  
Bien vengas mal si vienes solo.  
Bondades y desventuras.  
Corregir al que yerra.  
Cañizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
¡Como se empuje un marido!  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres políticas.  
Contrastes.  
Catalina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnalí.  
Candidito.  
Caprichos del corazón.  
Con canas y corazon.  
Culpa y castigo.  
Crisis matrimonial.  
Cristóbal Colon.  
Corregir al que yerra.  
Clementina.  
Con la música á otra parte.  
Dara y cruz.  
Dos sobrinos contra un tío.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Dos artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...  
D. José, Pepe y Pepito.  
Dos mirles blancos.  
Deudas de la honr.  
De la mano á la boca.  
Doble emboscada.  
El amor y la moda.  
Está loca!

En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rescar...  
El hombre negro.  
El fin de la novela.  
El filántropo.  
El hijo de tres padres.  
El último vals de Weber.  
El hongo y el mirinásque.  
¡Es una malva!  
Echar por el atajo.  
El clavo de los maridos.  
El ocneno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un ángel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragón.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El ama del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El parvaso.  
Este cuarto se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes.  
El ciego.  
El protegido de las nubes.  
El marqués y el marquésito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarite español en las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.  
El grito de la conciencia.  
¡El autor! ¡El autor!  
El enemigo en casa.  
El último pichon.  
El literato por fuerza.  
El alma en un hilo.  
El alenido de Pedrañeras.  
Ecolismo y honradez.  
El honor de la familia.  
El hijo del ahorcado.  
El dinero.  
El jorobado.  
El Diablo.  
El Arte de ser feliz.  
El que no la corre antes...  
El loco por fuerza.  
El soplo del diablo.  
El pastelero de Paris.  
Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.  
Francisco Pizarro.  
Fé en Dios.  
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.  
Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.  
Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.  
Imperfecciones.  
Intrigas de torador.  
Ilusiones de la vida.  
Jaime el Barbudo.  
Juan Sin Tierra.  
Juan sin Pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.  
Los nerviosos.  
Los amantes de Chinchon.  
Lo mejor de los dados.  
Los dos sargentos españoles.  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un casero.  
La hija del rey Rene.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posada de una carta.  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero.  
Los quij pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel.  
La verdad en el espejo.  
La banda de la Condesa.  
La esposa de Sancho el Bravo.  
La boda de Quevedo.  
La Creación y el Diluvio.  
La gloria del arte.  
La Gitanilla de Madrid.  
La Madre de San Fernando.  
Las flores de Don Juan.  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lámpida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florencia.  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigos.  
La escuela de los perdidos.  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Caridad.  
La ninta Iris.  
La dicha en el bien ajeno.  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla (alegoria).  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padres.  
Los infieles.  
Los moros del Riff.

Lib 5

LU7-6013

# LOS AMANTES DE TERUEL,

DRAMA REFUNDIDO

EN CUATRO ACTOS EN VERSO Y PROSA,

DE

**DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.**

TERCERA EDICION.

*José Rodríguez*

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 13.

1871.

## PERSONAS.

---

JUAN DIEGO MARTINEZ GARCÉS DE MARCILLA Ó MARSILLA.

ISABEL DE SEGURA.

DOÑA MARGARITA.

ZULIMA.

DON RODRIGO DE AZAGRA.

DON PEDRO DE SEGURAY

DON MARTIN GARCÉS DE MARSILLA.

TERESA.

ADEL.

OSMIN.

Soldados moros, cautivos, damas, caballeros, pajes, criados,  
criadas.

---

El primer acto pasa en Valencia, y los demas en Teruel.  
Año de 1217.

---

Esta obra es propiedad de Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria. El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Hartzenbusch (Juan Eugenio)

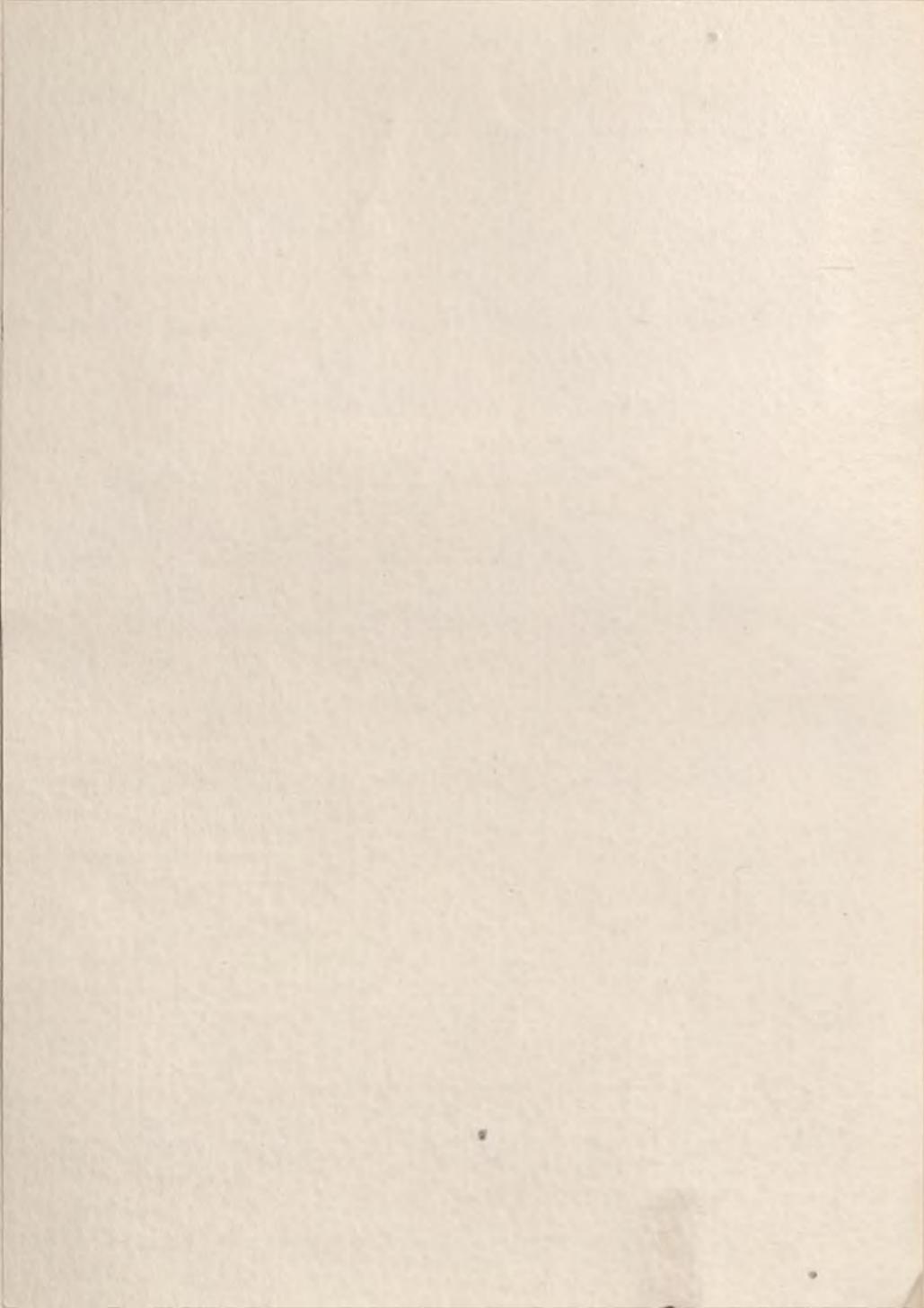
Los Amantes de  
Sexto. Drama  
repartido en 4 actos  
en verso y prosa

3.<sup>o</sup> edición  
Madrid: Rodríguez  
1871

36-b.

8.<sup>o</sup> m. r. III<sup>o</sup>

~~LV-5~~



---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. Á la derecha del espectador una cama, junto al proscenio; á la izquierda, una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas á los lados.

### ESCENA PRIMERA.

ZULIMA, ADEL; JUAN DIEGO MARSILLA, adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre.

- ZULIMA. No vuelve en sí.  
ADEL. Todavía  
tardará mucho en volver.  
ZULIMA. Fuerte el narcótico ha sido.  
ADEL. Poco há se lo administré.—  
Dígnate de oír, señora,  
la voz de un súbdito fiel,  
que orillas de un precipicio  
te ve colocar el pié.  
ZULIMA. Si disuadirme pretendes,  
no te fatigues, Adel.  
Partir de Valencia quiero,  
y hoy, hoy mismo partiré.  
ADEL. ¿Con ese cautivo!  
ZULIMA. Tú  
me has de acompañar con él.  
ADEL. ¡Así al esposo abandonas?  
Un Amir, señora, un Rey!

ZULIMA. Ese Rey, al ser mi esposo,  
me prometió no tener  
otra consorte que yo.  
Lo ha cumplido? Ya lo ves.  
Á traerme una rival  
marchó de Valencia ayer.  
Libre á la nueva sultana  
mi puesto le dejaré.

ADEL. Considera...

ZULIMA. Está resuelto.

El renegado Zaen,  
el que aterra la comarca  
de Albarracin y Teruel,  
llamado por mí ha venido,  
y tiene ya en su poder  
casi todo lo que yo  
de mis padres heredé,  
que es demas para vivir  
con opulencia los tres.  
De la alcazaba saldremos  
á poco de anochecer.

ADEL. Y ese cautivo, señora,  
te ama? Sabes tú quién es?

ZULIMA. Es noble, es valiente, en una  
mazmorra iba á perecer  
de enfermedad y de pena,  
de frio, de hambre y de sed:  
yo le doy la libertad,  
riquezas, mi mano; ¿quién  
rehusa estos dones? Oh!  
si ofendiera mi altivez  
con una repulsa, caro  
le costara su desden  
conmigo. Tiempo hace ya  
que este acero emponzoñé,  
furiosa contra mi aleve  
consorte Zeit Abenzeit:  
quien es capaz de vengarse  
en el príncipe, tambien  
escarmentará al esclavo,  
como fuera menester.

ADEL. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo

con su sangre? Yo no sé leer en su idioma; pero puedo llamar á cualquier cautivo...

- ZULIMA.           Él nos lo dirá,  
yo se lo preguntaré.
- ADEL.           ¿No fuera mejor hablarle  
yo primero, tú despues?
- ZULIMA.        Le voy á ocultar mi nombre:  
ser Zoraida fingiré,  
hija de Mervan.
- ADEL.           Mervan!  
¿Sabes que ese hombre sin ley  
conspira contra el Amir?
- ZULIMA.        Á él le toca defender  
su trono, en vez de ocuparse,  
contra la jurada fe,  
en devaneos que un día  
lugar á su ruina den.  
Mas Ramiro no recobra  
los sentidos: buscaré  
un espíritu á propósito... (Váse.)

## ESCENA II.

OSMIN, por una puerta lateral.—ADEL., MARSILLA.

- OSMIN.        Se fué Zulimá?
- ADEL.           Se fué.  
Tú nos habrás acechado.
- OSMIN.        He cumplido mi deber.  
Al ausentarse el Amir,  
con este encargo quedé.  
Es más cauto nuestro dueño  
que esa liviana mujer.—  
El lienzo escrito con sangre,  
dónde está?
- ADEL.           Allí. (Señalando la mesa.)
- OSMIN.        Venga.
- ADEL.           Ten.
- (Le da el lienzo y Osmín lee.)  
Mira si es que dice, ya

que tú lo sabes leer,  
dónde lo pudo escribir;  
porque en el encierro aquel  
apénas penetra nunca  
rayo de luz: verdad es  
que rotas esta mañana  
puerta y cadenas hallé:  
debió, despues de romperlas,  
el subterráneo correr,  
y hallando el lienzo...

OSMIN. (Asombrado de lo que ha leído.) Es posible!

ADEL. Qué cosa?

OSMIN. Oh, vasallo infiel!

Avisar al Rey es fuerza,

y al pérfido sorprender.

ADEL. Es éste el pérfido? (Señalando á Marsilla.)

OSMIN. No;

ese noble aragonés

hoy el salvador será

de Valencia y de su Rey.

ADEL. Zulima viene.

OSMIN. Silencio

con ella, y al punto ve

á buscarme. (Váse.)

ADEL. Norabuena.

Así me harás la merced

de explicarme lo que pasa.

### ESCENA III.

ZULIMA.—ADEL., MARSILLA.

ZULIMA. Déjame sola.

ADEL. Está bien. (Váse.)

### ESCENA IV.

ZULIMA, MARSILLA.

ZULIMA. Su pecho empieza á latir  
más fuerte; así que perciba...

(Aplicale un pomito á la nariz.)

MARSILLA. Ah!

- ZULIMA. Volvió.
- MARSILLA. (Incorporándose.) Qué luz tan viva!  
No la puedo resistir!
- ZULIMA. (Corriendo las cortinas de la ventana.)  
De aquella horrible mansion  
está á las tinieblas hecho.
- MARSILLA. No es esto piedra, es un hecho.  
¿Qué ha sido de mi prision!
- ZULIMA. Mira este albergue despacio,  
y abre el corazon al gozo.
- MARSILLA. Señora!... (Reparando en ella.)
- ZULIMA. Tu calabozo  
se ha convertido en palacio.
- MARSILLA. Dí (porque yo no me explico  
milagro tal), dí, qué es esto?
- ZULIMA. Que eras esclavo, y que presto  
vas á verte libre y rico.
- MARSILLA. Libre! Gh divina clemencia!  
Y ¿á quién debo tal favor?
- ZULIMA. ¿Quién puede hacerle mejor  
que la Reina de Valencia?  
Zulima te proporciona  
la sorpresa que te embarga  
dulcemente: ella me encarga  
que cuide de tu persona:  
y desde hoy ningun afan  
permitirá que te aflija.
- MARSILLA. Eres?...
- ZULIMA. Dama suya, hija  
del valeroso Mervan.
- MARSILLA. ¿De Mervan! (Aparte. Ah! qué recuerdo?)  
(Busca y recoge el lienzo.)
- ZULIMA. Qué buscas tan azorado?  
Ese lienzo ensangrentado?
- MARSILLA. (Aparte. Si ésta lo sabe, me pierdo.)
- ZULIMA. Qué has escrito en él?
- MARSILLA. No va  
esto dirigido á ti;  
es para el Rey.
- ZULIMA. No está aquí.
- MARSILLA. Para la Reina será.  
Haz pues que á mi bienhechora

- vea: por Dios te lo ruego.
- ZULIMA. Conocerás aquí luégo  
á la Reina tu señora.
- MARSILLA. Oh!...
- ZULIMA. No estés con inquietud.  
Olvida todo pesar:  
trata sólo de cobrar  
el sosiego y la salud.
- MARSILLA. Defienda pródigo el cielo  
y premie con altos dones  
los piadosos corazones  
que dan al triste consuelo.  
Tendrá Zulima, tendrás  
tú siempre un cautivo en mí:  
hermoso es el bien por sí,  
pero en una hermosa, más.  
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era  
mi suerte! Sumido en honda  
cárcel, estrecha y hedionda,  
sin luz, sin aire siquiera;  
envuelto en infecta nube  
que húmedo engendra el terreno;  
paja corrompida, cieno  
y piedras por cama tuve.  
—Hoy... si no es esto soñar,  
torno á la luz, á la vida,  
y espero ver la florida  
márgen del Guadalaviar,  
allí donde alza Teruel,  
señoreando la altura,  
sus torres de piedra oscura  
que están mirándose en él.  
No es lo más que me redima  
la noble princesa mora:  
el bien que me hace, lo ignora  
aún la propia Zulima.
- ZULIMA. Ella siempre algun misterio  
supuso en tí, y así espera  
que me des noticia entera  
de tu vida y cautiverio.  
Una vez que en tu retiro  
las dos ocultas entramos,

- te oimos... y sospechamos  
que no es tu nombre Ramiro.
- MARSILLA. Mi nombre es Diego Marsilla,  
y cuna Teruel me dió,  
pueblo que ayer se fundó  
y es hoy poderosa villa,  
cuyos muros, entre horrores  
de lid atroz levantados,  
fueron con sangre amasados  
de sus fuertes pobladores.  
Yo creo que al darme ser  
quiso formar el Señor,  
modelos de puro amor,  
un hombre y una mujer,  
y para hacer la igualdad  
de sus afectos cumplida,  
les dió un alma en dos partida,  
y dijo: Vivid y amad.  
Al son de la voz creadora  
Isabel y yo existimos,  
y ambos los ojos abrimos  
en un dia y una hora.  
Desde los años más tiernos  
fuimos ya finos amantes:  
desde que nos vimos... ántes  
nos amábamos de vernos;  
porque el amor principió  
á enardecer nuestras almas  
al contacto de las palmas  
de Dios cuando nos crió;  
y así fué nuestro querer,  
prodigioso en niña y niño,  
encarnacion del cariño  
anticipado al nacer,  
seguir Isabel y yo,  
al triste mundo arribando,  
seguir con el cuerpo amando  
como el espíritu amó.
- ZULIMA. Inclinacion tan igual  
sólo dichas pronostica.
- MARSILLA. Soy pobre, Isabel es rica.
- ZULIMA. (Aparte. Respiro.)

- MARSILLA. Tuve un rival.
- ZULIMA. Sí?
- MARSILLA. Y opulento.
- ZULIMA. Y bien.
- MARSILLA. Hizo  
alarde de su riqueza...
- ZULIMA. Y qué? ¿rindió la firmeza  
de Isabel?
- MARSILLA. Es poco hechizo  
el oro para quien ama.  
Su padre, sí, deslumbrado...
- ZULIMA. ¿Tu amor dejó desairado,  
privándote de tu dama?
- MARSILLA. Le vi, mi pasión habló  
su fuerza exhalando toda,  
y, suspendida la boda,  
un plazo se me otorgó,  
para que mi esfuerzo activo  
juntara un caudal honrado.
- ZULIMA. Es ya el término pasado?
- MARSILLA. Señora, ya ves... aún vivo.  
Seis años y una semana  
me dieron: los años ya  
se cumplen hoy; cumplirá  
el primer día mañana.
- ZULIMA. Sigue.
- MARSILLA. Un adiós á la hermosa  
dí, que es de mis ojos luz,  
y combatí por la cruz  
en las Navas de Tolose.  
Gané con brioso porte  
crédito allí de guerrero;  
luégo, en Francia, prisionero  
caí del Conde Monforte.  
Huí, y en Siria un francés  
albigense, refugiado,  
á quien había salvado  
la vida junto á Besiés,  
me dejó, al morir, su herencia:  
volviendo con fama y oro  
á España, pirata moro  
me apresó y trajo á Valencia.

Y en pena de que rompió  
de mis cadenas el hierro  
mi mano, profundo encierro  
en vida me sepultó,  
donde mi extraño custodio  
sin dejarse ver ni oír,  
me prolongaba el vivir,  
ó por piedad ó por odio.  
De aquel horrendo lugar  
me sacais: bella mujer,  
sentir sé y agradecer:  
dí cómo podré pagar.

ZULIMA.

No borres de tu memoria  
tan debido ofrecimiento,  
y haz por escuchar atento  
cierta peregrina historia.  
Un jóven aragonés  
vino cautivo al serrallo:  
sus prendas y nombre callo:  
tú conocerás quién es.  
Toda mujer se lastima  
de ver padecer sonrojos  
á un noble: puso los ojos  
en el esclavo Zulima,  
y férvido amor en breve  
nació de la compasion:  
aquí es brasa el corazon;  
allá entre vosotros, nieve.  
Quiso aquel jóven huir;  
fué desgraciado en su empeño:  
le prenden, y por su dueño  
es condenado á morir.  
Pero en favor del cristiano  
velaba Zulima: ciega,  
loca, le salva;—más, llega  
á brindarle con su mano.  
Respuesta es bien se le dé  
en trance tan decisivo:  
Habla tú por el cautivo;  
yo por la Reina hablaré.  
MARSILLA. Ni en desgracia ni en ventura  
cupó en mi lenguaje dolo.

- Este corazon es sólo  
para Isabel de Segura.
- ZULIMA. Medita, y concederás  
al tiempo lo que reclama.  
Sabes tú si es fiel tu dama?  
Sabes tú si la verás?
- MARSILLA. Me matara mi dolor,  
si fuera Isabel perjura:  
mi constancia me asegura  
la firmeza de su amor.  
Con espíritu gallardo,  
si quereis, daré mi vida:  
dada el alma y recibida,  
fiel al dueño se la guardo.
- ZULIMA. Mira que es poco prudente  
burlar á tu soberana,  
que tiene sangre africana,  
y ama y odia fácilmente.  
Y si ella sabe que cuando  
yo su corazon te ofrezco,  
por ella el dolor padezco  
de ver que le estás pisando;  
volverás á tus cadenas  
y á tu negro calabozo.  
y allí yo, con alborozo  
que más encone tus penas,  
la nueva te llevaré  
de ser Isabel esposa.
- MARSILLA. Y en prision tan horrorosa  
cuántos dias viviré?
- ZULIMA. Rayo del cielo! el traidor  
cuánto fabrico derrumba:  
defendido con la tumba,  
se rie de mi furor.  
Trocarás la risa en llanto.  
Cautiva desde Teruel  
me han de traer á Isabel...
- MARSILLA. ¿Quién eres tú para tanto!
- ZULIMA. Tiembla de mí.
- MARSILLA. Furia vana.
- ZULIMA. Insensato! La que ves,  
no es hija de Mervan, es

- Zulima.  
MARSILLA. Tú la Sultana!  
ZULIMA. La Reina.  
MARSILLA. Toma, con eso  
(Dándole el lienzo ensangrentado.)  
correspondo á tu afición:  
entrega sin dilacion  
á hombre de valor y seso  
el escrito que te doy.  
Sálvete su diligencia.  
ZULIMA. Cómo! Qué riesgo?...  
MARSILLA. Á Valencia  
tu esposo ha de llegar hoy;  
y en llegando, tú y él y otros  
al sedicioso puñal  
pereceis.
- ZULIMA. ¿Qué desleal  
conspira contra nosotros!  
MARSILLA. Mervan, tu padre supuesto,  
Si tu cólera no estalla,  
mi labio el secreto calla,  
y el fin os llega funesto.  
ZULIMA. ¿Cómo tal conjuracion  
á tí?...
- MARSILLA. Frenético ayer,  
la puerta pude romper  
de mi encierro: la prision  
recorro, oigo hablar, atiendo...  
—Junta de alevos impia  
era, Mervan presidia.—  
Allí supe que volviendo  
á este alcázar el Amir,  
trataban de asesinarle.  
Resuélvome á no dejarle  
pérfidamente morir,  
y con roja tinta humana  
y un pincel de mi cabello  
la trama en un lienzo sello,  
y el modo de hacerla vana.  
Poner al siguiente dia  
pensaba el útil aviso  
en la cesta que el preciso

sustento me conducia.  
Vencióme tenaz modorra,  
más fuerte que mi cuidado:  
desperté maravillado,  
fuera ya de la mazmorra.  
Junta pues tu guardia, pon  
aquí un acero, y que venga  
con todo el poder que tenga  
contra tí la rebelion.

ZULIMA. Dé á la rebelion castigo  
quien teña por su poder;  
no yo, que al anochecer  
huir pensaba contigo.  
Poca gente, pero brava,  
que al marchar nos protegiera,  
sumisa mi voz espera  
escondida en la alcazaba.  
Con ellos entre el rebato  
del tumulto, partiré;  
con ellos negociaré  
que me venguen de un ingrato.  
Teme la cuchilla airada  
de Zaen el bandolero;  
tiembla más que de su acero,  
de esta daga envenenada.  
¡Ay del que mi amor trocó  
en frenesí rencoroso!  
¡Nunca espere ser dichoso  
quien de celos me mató!

MARSILLA.

Zulima!... Señora!...  
(Váse Zulima por la puerta del fondo y cierra por dentro.)

## ESCENA V.

OSMIN.—MARSILLA.

OSMIN.

Baste

d: plática sin provecho,  
Al Rey un favor has hecho:  
acaba lo que empezaste.

MARSILLA.

Cómo! tú?...

OSMIN.

El lienzo he leído

- que al Rey dirigiste: allí  
le ofreces tu brazo.
- MARSILLA. Sí,  
armas y riesgo le pido.
- OSMIN. Pues bien, dos tropas formadas  
con los cautivos están:  
serás el un capitán,  
el otro Jaime Celladas.
- MARSILLA. Jaime está aquí! Es mi paisano,  
es mi amigo.
- OSMIN. Si hay combate,  
así tendrá su rescate  
cada cautivo en la mano.  
Con ardimiento lidiad.
- MARSILLA. ¿Quién, de libertad sediento,  
no lidia con ardimiento  
al grito de libertad!
- OSMIN. Cuanto á Zulima...
- MARSILLA. También  
libre ha de ser.
- OSMIN. No debiera;  
pero llévesela fuera  
de nuestro reino Zaen.

### ESCENA VI.

ADEL, SOLDADOS MOROS.—MARSILLA, OSMIN.

- ADEL. Osmín, á palacio van  
turbas llegando en tumulto,  
y Zaen que estaba oculto,  
sale aclamando á Mervan.  
Zulima nos ha vendido.
- OSMIN. Ya no hay perdón que le alcance.
- MARSILLA. Después de correr el lance,  
se dispondrá del vencido.  
Cuando rueda la corona  
entre la sangre y el fuego,  
primero se triunfa, luego...
- OSMIN. Se castiga.
- MARSILLA. Se perdona.
- VOC. DENT. Muera el tirano!

MARSILLA. Mi espada!  
mi puesto!

OSMIN. Ven, ven á él.  
Guarda el torreón, Adel.

ADEL. Ten tu acero. (Dásele á Marsilla.)

MARSILLA. Arma anhelada!  
Mi diestra te empuña ya!  
Ella al triunfo te encamina  
Rayo fué de Palestina,  
rayo en Valencia será.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

Teruel.—Sala en casa de Don Pedro Segura.

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, entrando en su casa; MARGARITA, ISABEL y TERESA, saliendo á recibirle.

MARGARITA. Esposo! (Arrodillándose.)

ISABEL. Padre! (Arrodillándose.)

TERESA. Señor!

PEDRO. Hija! Margarita! Alzad.

ISABEL. Dadme á besar vuestra mano.

MARGARITA. Déjame el suelo besar  
que pisas.

TERESA. (Á Margarita.) Vaya, señora,  
ya es vicio tanta humildad.

PEDRO. Pedazos del corazon,  
no es ese vuestro lugar.  
Abrazadme. (Levanta y abraza á las dos.)

TERESA. Así me gusta.

Y á mí luégo.

PEDRO. Ven acá,  
fiel Teresa.

TERESA. Fiei y franca,  
tengo en ello vanidad.

PEDRO. Ya he vuelto por fin.

- MARGARITA. Dios quiso  
mis plegarias escuchar.
- PEDRO. Gustoso á Monzon partí,  
comisionado especial  
para ofrecer á Don Jaime  
las tropas que alistaré  
nuestra villa de Teruel  
en defensa de la paz,  
que Don Sancho y don Fernando  
nos quieren arrebatat:  
fué Don Rodrigo de Azagra,  
obsequioso y liberal,  
acompañándome al ir,  
y me acompaña al tornar;  
mas yo me acordaba siempre  
de vosotras con afán.  
Triste se quedó Isabel;  
más triste la encuentro.
- TERESA. Ya.
- MARGARITA. Teresa!
- ISABEL. Padre!
- PEDRO. Hija mía;  
díme con sinceridad  
lo que ha pasado en mi ausencia.
- TERESA. Poco tiene que contar.
- MARGARITA. Teresa!
- TERESA. Digo bien. ¿Es  
por ventura novedad  
que Isabel suspire, y vos (Á Margarita.)  
receis, y ayuneis á pan  
y agua, y os andeis curando  
enfermos por caridad?  
Es la vida que traéis,  
lo ménos, quince años há...
- MARGARITA. Basta.
- TERESA. Y hace seis cumplidos  
que no se ha visto asomar  
en los labios de Isabel  
ni una sonrisa fugaz.
- ISABEL. (Aparte. Ay, mi bien!)
- TERESA. En fin, señor,  
del pobrecillo Don Juan

Diego de Marsilla, nada se sabe.

MARGARITA. Si no callais, venid conmigo.

TERESA. Ir con vos fácil es; pero callar...

(Vánse Margarita y Teresa. Don Pedro se quita la espada y la pone sobre un bufete.)

## ESCENA II.

DON PEDRO, ISABEL.

PEDRO. Mucho me aflige, Isabel, tu pesadumbre tenaz; pero, por desgracia, yo no la puedo remediar. Esclavo de su palabra es el varon principal; tengo empeñada la mia, la debo desempeñar. En el honor de tu padre no se vió mancha jamás: juventud honrada pide más honrada ancianidad. No pretendo yo...

ISABEL.

PEDRO.

Por otra parte, parece que están de Dios ciertas cosas. Oye un lance bien singular, y dí si no tiene traza de caso providencial. Á ver.

ISABEL.

PEDRO.

En Teruel vivió (no sé si le acordarás) un tal Roger de Lizana, caballero catalan.

ISABEL.

PEDRO.

El templario? Sí. Roger paraba en Monzon. Allá es voz que penas y culpas de su libre mocedad

trajéronle una dolencia  
de espíritu y corporal,  
que vino á dejarle casi  
mudo, imbecil, incapaz.  
Pacífico en su idiotez,  
permitíanle vagar  
libre por el pueblo. Un día,  
sobre una dificultad  
en mi encargo y sobre cómo  
se debiera de allanar,  
Don Rodrigo y yo soltamos  
palabras de enemistad.  
Marchóse enojado, y yo  
exclamé al verle marchar:  
¡Ha de ser este hombre dueño  
de lo que yo quiero más?  
Si la muerte puede sola  
mi palabra desatar,  
lléveme el Señor, y quede  
Isabel en libertad.  
Oh padre!

ISABEL.  
PEDRO.

En esto, un empuje  
tremendo á la puerta dan,  
se abre, y con puñal en mano  
entra...

ISABEL.

Virgen del Pilar!

¿Quién!

PEDRO.

Roger. Llégase á mí,  
y en voz pronunciada mal,  
uno (dijo) de los dos  
la vida aquí dejará.  
Y qué hicisteis?

ISABEL.  
PEDRO.

Yo, pensando  
que bien pudiera quizás  
mi muerte impedir alguna  
mayor infelicidad,  
crucé los brazos, y quieto  
esperé el golpe mortal.  
Cielos! Y Roger?

ISABEL.  
PEDRO.

Roger,  
parado al ver mi ademan,  
en lugar de acometerme

se fué retirando atrás,  
mirándome de hito en hito,  
llena de terror la faz.  
Asió con entrambas manos  
el arma por la mitad,  
y señas distintas hizo  
de querérmela entregar.  
Yo no le entendí, guardando  
completa inmovilidad  
como ántes; y él, con los ojos  
fijos, y sin menear  
los párpados, balbuciente  
dijo: Matadme, salvad  
en el hueco de mi tumba  
mi secreto criminal.

ÍSABEL.  
PEDRO.

Su secreto!  
En fin, de estarse  
tanto sin pestañear,  
él, cuyos sentidos eran  
la suma debilidad,  
se trastornó, cayó; dió  
la guarnicion del puñal  
en tierra, le fué la punta  
al corazon á parar  
al infeliz, y á mis plantas  
rindió el aliento vital.  
Huí con espanto: Azagra,  
viniéndose á disculpar  
cónmigo, me halló; le dije  
que no pisaba el umbral  
de aquella casa en mi vida;  
y él, pródigo y eficaz,  
avisó al Rey y mandó  
el cadáver sepultar.—  
Ya ves, hija: por no ir  
yo contra tu voluntad,  
por no cumplir mi palabra,  
quise dejarme matar,  
y Dios me guardó la vida:  
su decreto celestial  
es sin duda que esa boda  
se haga por fin...—y se hará,

ni en tres dias no parece  
tu preferido galan.

ISABEL. (Aparte. Ay de él y de mí!)

### ESCENA III.

TERESA.—DON PEDRO, ISABEL.

TERESA. Señor,  
acaba de preguntar  
por vos Don Martin, el padre  
de Don Diego.

ISABEL. (Aparte. Si habrá?...)

TERESA. Como es enemigo vuestro,  
le he dejado en el zaguan.

PEDRO. Á enemigo noble se abren  
las puertas de par en par.

ISABEL. Que llegue. (Váse Teresa.) Ve con tu madre.

(Ap. Ella á sus piés me verá  
llorando hasta que consiga  
vencer su severidad.) (Váse.)

### ESCENA IV.

DON PEDRO.

Desafiados quedamos  
al tiempo de cabalgar  
yo para Monzon: el duelo  
llevar á cabo querrá.

Bien.—Pero él ha padecido  
una larga enfermedad.

Si no tiene el brazo firme,  
conmigo no lidiará.

### ESCENA V.

DON MARTIN.—DON PEDRO.

MARTIN. Don Pedro Segura, seais bien venido.

PEDRO. Y vos, Don Martin Garcés de Marsilla,  
seais bien hallado: tomad una silla.

(Siéntase Don Martín mientras Don Pedro va á tomar su espada.)

MARTIN. Dejad vuestra espada.

PEDRO. (Sentándose.) Con pena he sabido la grave dolencia que habeis padecido.

MARTIN. Al fin me repuse del todo.

PEDRO. No sé...

MARTIN. Domingo Celladas...

PEDRO. Fuerte hombre es, á fél

MARTIN. Pues aún á la barra le gano el partido.

PEDRO. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid al duelo aplazado seguro lugar.

MARTIN. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.

PEDRO. Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.

MARTIN. Causó nuestra riña...

PEDRO. La causa omitid: sabémosla entrambos. Por vos se me dijo que soy un avaro, y os privo de un hijo. De honor es la ofensa, precisa la lid.

MARTIN. Tenéisme por hombre de aliento?

PEDRO. Si tal.

Si no lo creyera, con vos no lidiara.

MARTIN. Jamás al peligro le vuelvo á la cara.

PEDRO. Sí, nuestro combate puede ser igual.

MARTIN. Será por lo mismo...

PEDRO. Sangriento, mortal.

Ha de perecer uno de los dos.

MARTIN. Oid un suceso feliz para vos...

feliz para entrambos.

PEDRO. Decidme. Cuál?

MARTIN. Tres meses haré que en lecho de duelo me puso la mano que todo lo guía. Del riesgo asustada la familia mía, quiso en vuestra esposa buscar su consuelo. Con tino infalible, con pródigo celo salud en la villa benéfica vierte, y enfermo en que airada se ceba la muerte, le salva su mano, bendita del cielo. Con vos irritado, no quise atender al dulce consejo de amante inquietud. No cobre (decía) jamás la salud, si mano enemiga la debe traer.

Mayor mi teson á más padecer,  
la muerte en mi alcoba plantó su bandera.  
Por fin una noche... Qué noche tan fiera!  
Blasfemo el dolor hacíame ser;  
pedía una daga con furia tenaz,  
rasgar anhelando con ella mi pecho...  
En esto á mis puertas, y luégo á mi lecho,  
llegó un peregrino, cubierta la faz.  
Ángel parecia de salud y paz...  
Me habla, me consuela; benigno licor  
al labio me pone; me alivia el dolor,  
y parte, y no quiere quitarse el disfraz.  
La noche que tuve su postrer visita,  
ya restablecido, sus pasos seguí.  
Cruzó varias calles, viniendo hácia aquí,  
y entró en esa ruina de gótica ermita,  
que á vuestros jardines términos limita.  
Detúvele entónces: el velo cayó,  
radiante la luna su rostro alumbró...  
Era vuestra esposa.

PEDRO.

Era Margarita!

MARTIN.

Confuso un momento, cobréme despues,  
y víome postrado la noble señora.

—Con tal beneficio, no cabe que ahora  
provoque mi mano sanrriento revés.

Don Pedro Segura, decid á quien es  
deudor este padre de verse con vida,  
que está la contienda por mi fenecida.  
Tomad este acero, ponedle á sus piés.

(Da su espada á Don Pedro, que la coloca en el bufete.)

PEDRO.

¡Feliz yo, que logro el duelo excusar  
con vos, por motivo que es tan lisonjero!

Si pronto me hallásteis, por ser caballero,  
cuidado me daba el ir á lidiar.

Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar  
con susto la vida que lleva, dichosa?

Ella me será desde hoy más preciosa,  
si ya vuestro amigo queréisme llamar.

MARTIN.

Amigos seremos. (Dánse las manos.)

PEDRO.

Siempre.

MARTIN.

Siempre, sí.

PEDRO.

Y al cabo, qué nuevas teneis de Don Diego?

En hora menguada, vencido del ruego  
de Azagra, la triste palabra le dí.  
Si ántes vuestro hijo se dirige á mí,  
cuánto ambas familias se ahorran de llanto!  
No lo quiso Dios.

MARTIN. Yo su nombre santo  
bendigo; mas lloro por lo que perdí.

PEDRO. Pero ¿qué!...

MARTIN. Despues de la de Maurel,  
donde cayó en manos del Conde Simon,  
de nadie consigo señal ni razon,  
por más que anhelante pregunto por él.  
Cada día al cielo con súplica fiel  
pido que me diga qué punto en la tierra  
sostiénese vivo, ó muerto le encierra:  
mundo y cielo guardan silencio cruel.

PEDRO. El plazo otorgado dura todavía.  
Un hora, un instante le basta al Eterno:  
y mucho me holgara si fuera mi yerno  
quien á mi Isabel tan fino queria.  
Pero si no viene, y cúmplese el día,  
y llega la hora... por más que me pesa,  
me tiene sujeto sagrada promesa:  
si fuera posible, no la cumpliria.

MARTIN. Diligencia escasa, fortuna severa  
parece que en suerte á mi sangre cupo:  
quien á la desgracia sujetar no supo,  
sufrido se muestre cuando ella le hiera.  
A Dios.

PEDRO. No han de veros de aquesa manera.  
Yo quiero esta espada; la mia tomad (Dásele.)  
en prenda segura de fiel amistad.

MARTIN. Acepto; un monarca llevarla pudiera.  
(Váse Don Martin, y Don Pedro le acompaña.)

## ESCENA VI.

MARGARITA, ISABEL.

MARGARITA. (Aparte, siguiendo con la vista á los dos que se  
retiran.)

Aunque nada les oí,  
deben estar ya los dos  
reconciliados.

- ISABEL. (Que viene tras su madre.) Por Dios,  
madre, haced caso de mí.
- MARGARITA. No, que es repugnancia loca  
la que mostrais á un enlace,  
que de seguro nos hace  
á todos merced no poca.  
Noble sois; pero mirad  
que quien su amor os consagra  
es Don Rodrigo de Azagra,  
que goza más calidad,  
más bienes: en Aragon  
le acatan propios y ajenos,  
y muestra, con vos al ménos,  
apacible condicion.
- ISABEL. Vengativo y orgulloso  
es lo que me ha parecido.
- MARGARITA. Vuestro padre le ha creído  
digno de ser vuestro esposo.  
Prendarse de quien le cuadre  
no es lícito á una doncella,  
ni hay más voluntad en ella  
que la que tenga su padre.  
Hoy dia, Isabel, así  
se conciertan nuestras bodas:  
así nos casan á todas,  
y así me han casado á mí.
- ISABEL. ¿No hay á los tormentos míos  
otro consuelo que dar?
- MARGARITA. No me teneis que mentar  
vuestros locos amoríos.  
Yo por delirios no abogo.  
Idos.
- ISABEL. En vano esperé. (Sollozando al retirarse.)
- MARGARITA. Qué! llorais?
- ISABEL. Aún no me fué  
vedado este desahogo.
- MARGARITA. Isabel, si no os escucho,  
no me acuseis de rigor.  
Comprendo vuestro dolor  
y le compadezco mucho;  
pero, hija... cuatro años há  
que á nadie Marsilla escribe.

Si ha muerto...

ISABEL.

No, madre, vive!...

Pero cómo vivirá!

Tal vez, llorando, en Sion  
arrastra por mí cadenas,  
quizá gime en las arenas  
de la líbica region.

Con aviso tan funesto  
no habrá querido afligirme.

Yo trato de persuadirme,  
y sin cesar pienso en esto.

Yo me propuse aprender  
á olvidarle, sospechando  
que infiel estaba gozando  
caricias de otra mujer.

Yo escuché de su rival  
los acentos desabridos,  
y logré de mis oídos  
que no me sonaran mal.

Pero ay! cuando la razon  
iba á proclamarse ufana  
vencedora soberana

de la rebelde pasion,  
al recordar la memoria  
un suspiro de mi ausente,

se arruinaba de repente  
la fortaleza ilusoria,

y con impetu mayor,  
tras el combate perdido,

se entraba por mi sentido  
á sangre y fuego el amor.

Yo entónces á la virtud  
nombre daba de falsa,

rabioso llanto vertia,  
y hundirme en el ataud

juraba en mi frenesí  
ántes que rendirme al yugo  
de ese hombre, fatal verdugo,  
genio infernal para mí.

MARGARITA. Por Dios, por Dios, Isabel,  
moderad ese delirio:  
vos no sabeis el martirio

que me haceis pasar con él.  
ISABEL. Qué! mi audacia os maravilla?  
Pero estando ya tan lleno  
el corazón de veneno,  
fuerza es que rompa su orilla.  
No á vos, á la piedra inerte  
de esa muralla desnuda,  
de esa bóveda que muda  
oyó mi queja de muerte,  
á este suelo donde mella  
pudo hacer el llanto mio,  
á no ser tan duro y frio  
como alguno que le huella,  
para testigos invoco  
de mi doloroso afan;  
que, si alivio no le dan,  
no les ofende tampoco.

MARGARITA. ¿Quién con ánimo sereno  
la oyera?—El dolor mitiga;  
de una madre, de una amiga  
ven al cariñoso seno.  
Conóceme, y no te ahuyente  
la faz severa que ves:  
máscara forzosa es  
que dió el pesar á mi frente;  
peró tras ella te espera,  
para templar tu dolor,  
el tierno, indulgente amor  
de una madre verdadera.

ISABEL. Madre mia! (Abrázanse.)

MARGARITA. Mi ternura  
te oculté... porque debí...  
;Há quince años que hay aquí  
guardada tanta amargura!  
Yo hubiera en tu amor filial  
gozado, y gozar no debo  
nada ya, desde que llevo  
el cilicio y el sayal.

ISABEL. Madre!

MARGARITA. Temí, recelé  
dar á tu amor incentivo  
y sólo por correctivo

severidad te mostré;  
mas oyéndote gemir  
cada noche desde el lecho,  
y á veces en tu despecho  
mis rigores maldecir,  
yo al Señor, de silencioso  
materno llanto hecha un mar,  
ofrecí mil veces dar  
mi vida por tu reposo.

ISABEL.

Cielos! ¡Qué revelacion  
tan grata! Qué injusta he sido!  
Que tanto me habeis querido?  
Madre de mi corazon!  
Perdonadme... ¡Qué alborozo  
siento, aunque llorar me veis!  
Seis años há, más de seis,  
que tanta dicha no gozo.  
Mi desgracia contemplad,  
cuando como dicha cuento  
que mis penas un momento  
aplaquen su intensidad.  
Pero este rayo que inunda  
en viva luz mi alma yerta,  
¿dejaréis que se convierta  
en lobreguez más profunda?  
Madre, madre á quien adoro,  
el labio os pongo en el pié:  
mi aliento aquí exhalará  
si no cedeis á mi lloro. (Póstrase.)

MARGARITA.

Levanta, Isabel; enjuga  
tus ojos; confía... Si:  
cuando dependa de mí...

ISABEL.

Ya veis que en rápida fuga  
el tiempo desaparece.  
Si pasan tres dias, tres!  
todo es óbra despues,  
toda esperanza fallece.  
Mi padre, por no faltar  
á la palabra tremanda,  
le rendirá por ofrenda  
mi albedrío en el altar.  
Vuestras razones imprimen

en su alma la persuasion:  
en mí toda reflexion  
fuera desacato, crimen.  
Y yo, señora, lo veo:  
podrá llevarme á casar;  
pero en vez de preparar  
las galas del himeneo,  
que á tenerme se limite  
una cruz y una mortaja;  
que esta gala y esta alhaja  
será lo que necesite.

MARGARITA. No, no, Isabel: cesa, cesa;  
yo en tu defensa me empeño;  
no será Azagra tu dueño,  
yo anularé la promesa.  
Me oirá tu padre, y tamaños  
horrores evitará.  
Hoy madre tuya será  
quien no lo fué tantos años.

### ESCENA VII.

TERESA.—MARGARITA, ISABEL.

TERESA. Señoras, Don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MARGARITA. Hazle entrar. Á buen tiempo llega. (Váase Teresa.)

ISABEL. Permitid que yo me retire.

MARGARITA. Quédate en la pieza inmediata, y escucha nuestra conversacion.

ISABEL. Qué vais á decir?

MARGARITA. Óyelo, y acabarás de hacer justicia á tu madre. (Váase Isabel.)

### ESCENA VIII.

DON RODRIGO.—MARGARITA.

MARGARITA. Ilustre Don Rodrigo...

RODRIGO. Señora... al fin nos vemos.

MARGARITA. Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir á mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

RODRIGO. Aquí vengo á buscar el sosiego que necesito. (Siéntase.) Qué me decís de mi desdeñosa?

MARGARITA. Me permitiréis que hable con toda franqueza?

RODRIGO. Con franqueza pregunto yo.—Hablad.

MARGARITA. Mi esposo os prometió la mano de su hija única; y, por él, debeis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevacion de vuestro carácter ¿se satisfarian con la posesion de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?

RODRIGO. El corazon de Isabel no es ahora mio, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas; cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fe, y será el ejemplo de las casadas.

MARGARITA. Mirad que su afecto á Marsilla no se ha disminuido.

RODRIGO. No me inspira celos un rival, cuyo paradero se ignora, cuya muerte, para mí, es indudable.

MARGARITA. Y si volviese aún? ¿Y si ántes de cumplirse el término, se presentara tan enamorado como se fué, y con aumentos muy considerables de hacienda?

RODRIGO. Mal haria en aparecer ni ántes ni despues de mis bodas. Él prometió renunciar á Isabel, si no se enriquecia en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto á Isabel. La mano que pretendemos ambos, no se compra con oro; se gana con hierro, se paga con sangre.

MARGARITA. Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdoneis la pesadumbre que voy á daros. Yo, noble Don Rodrigo, yo que hasta hoy consenti en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba á resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que

deciros, como cristiana y madre; tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistais de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

RODRIGO. Ese empeño es público, hace muchos años que dura, y se ha convertido para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongais á lo que no podréis impedir.

MARGARITA. Aunque habeis desairado mi ruego, tal vez no le desaire mi esposo.

RODRIGO. Mucho alcanzais con él: adora en vos, y lo mereceis, porque há quince años que os empleais en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MARGARITA. Cómo! ¿Roger ha muerto?

RODRIGO. Si, loco y mudo, segun estaba; desgraciadamente, segun merecía; y á los piés de Don Pedro, como era justo.

MARGARITA. Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

RODRIGO. Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MARGARITA. Don Rodrigo!

RODRIGO. La esposa más respetable entre las de Teruel.

MARGARITA. Por compasion... Si Roger ha muerto...

RODRIGO. Casi espiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazon unas cartas...

MARGARITA. Cartas!

RODRIGO. De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MARGARITA. Callad! callad!

RODRIGO. Si no, acudiré á vuestro esposo: bien conoce la letra.

MARGARITA. No! Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

RODRIGO. Se os entregarán; pero Isabel me ha de entregar á mí su mano primero.

MARGARITA. Oh!

RODRIGO. Dios os guarde, señora.

MARGARITA. Deteneos, oidme.

RODRIGO. Para que os oiga, venid á verlas. (Váse.)

MARGARITA. Escuchad, escuchadme. (Váse tras Don Rodrigo.)

### ESCENA IX.

ISABEL, y despues TERESA.

ISABEL. ¡Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: sólo entiendo que de infeliz he pasado á más. (Sale Teresa.)

TERESA. Señora, un jóven extranjero ha llegado á casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISABEL. Recíbele y déjame.

TERESA. Ya se le recibió, y le han agasajado con vino y magras; por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro ó judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversacion con él, y dice que viene de Palestina.

ISABEL. ¡De Palestina?

TERESA. Yo me acordé al punto del pobre Don Diego.—Como os figurais que debe estar por allá...

ISABEL. Sí. Llámale pronto. (Váse Teresa.) Virgen piadosa! Que haya sido sueño lo que pienso que oí! Oh! Pensemos en el que viene de Palestina.

### ESCENA X.

ZULIMA, en traje de noble aragonés, TERESA.—ISABEL.

ZULIMA. El cielo os guarde.

ISABEL. Y á vos  
tambien.

ZULIMA. (Aparte. Mi rival es esta.)

ISABEL. Mejor podeis descansar

en esta sala que fuera.

TERESA. Este mancebo, señora,  
viene de lejanas tierras,  
de Jerusalem, de Jope,  
de Belen y de Judea.

ISABEL. Cierto?

ZULIMA. Sí.

TERESA. Y ha conocido  
allá gente aragonesa.

ZULIMA. Un caballero traté  
de Teruel.

ISABEL. Cuál? Quién? Quién era?

Su nombre.

ZULIMA. Diego Marsilla.

ISABEL. Os trajo Dios á mi puerta!—  
Dónde le dejais?

TERESA. Entónces,  
era ya rico?

ZULIMA. Una herencia  
cuantiosa le dejaron  
allí.

ISABEL. Por dónde queda?

ZULIMA. Hace poco era cautivo  
del Rey moro de Valencia.

ISABEL. Cautivo! Infeliz!

ZULIMA. No tanto.  
La esposa del Rey, la bella  
Zulima, le amó.

SABEL. ¡Le amó?

ZULIMA. Sí! mucho!

TERESA. Qué desvergüenza!

ISABEL. Y qué! ¿No viene por eso  
Marsilla donde le esperan?

TERESA. Se ha vuelto moro quizá?

ZULIMA. (Aparte. Ya que padecí, padezca.  
Finjamos.)

ISABEL. Hablad.

ZULIMA. No es fácil  
resistir á una princesa  
hermosa y amante: al fin  
Marsilla, para con ella,  
era un miserable.

- TERESA. Pero  
vamos, acabad...
- ISABEL. (Aparte. Apénas  
vivo!)
- ZULIMA. El Rey llegó á saber  
lo que pasaba; la Reina  
pudo escapar, protegida  
por un bandido, cabeza  
de la cuadrilla temible  
que hoy anda por aquí cerca;  
y Marsilla...
- ISABEL. Qué?
- ZULIMA. Rogad  
á Dios que le favorezca.
- ISABEL. Ha muerto! Jesús, valedme! (Desmáyase.)
- TERESA. Isabel! Isabel!—¡Buena  
la habeis hecho!
- ZULIMA. (Aparte. Sabe amar  
esta cristiana de veras;  
yo sé más, yo sé vengarme.)
- TERESA. Señora!—Paula! Jimena!  
(Á Zulima.) Buscad agua, llamad gente.
- ZULIMA. (Aparte. Salgamos.—Con esta nueva,  
se casará.) (Váse.)
- TERESA. ¡Dios confunda  
la boca ruin que nos cuenta  
noticia tan triste!... Pero  
un prójimo que no prueba  
cerdo ni vino, ¿qué puede  
dar de sí?  
(Salen dos criadas que traen agua.)  
Pronto aquí, lerdas.  
Dónde estábais? A ver: dadme  
el agua.
- ISABEL. Ay, Dios! Ay, Teresa!

## ESCENA XI.

MARGARITA.—ISABEL. TERESA, CRIADAS.

MARGARITA. Qué sucede?

ISABEL. Ay, madre mia!

Ya no es posible que venga.  
Murió.

MARGARITA.        Quién? Marsilla?  
TERESA.                ¿Quién  
                              ha de ser!

ISABEL.                Y ha muerto en pena  
                              de serme infiel.

TERESA.                Una mora,  
                              que dicen que no era fea,  
                              la esposa del Reyezuelo  
                              valenciano, buena pieza  
                              sin duda, nos le quitó.

ISABEL.                ¡En esto paran aquellas  
                              ilusiones de ventura  
                              que alimentaba risueña!  
                              Connigo nacieron, ay!  
                              se van, y el alma se llevan.  
                              Ese infausto mensajero,  
                              dónde está? Dile que vuelva.

MARGARITA.        Sí: yo le preguntaré...

TERESA.                Pues como nos dé respuestas  
                              por el estilo... Seguidme.  
                              (Vanse Teresa y las criadas.)

## ESCENA XII.

MARGARITA, ISABEL.

ISABEL.                ¿Quién figurarse pudiera  
                              que me olvidara Marsilla!  
                              Qué sonrojo! Qué vileza!  
                              Pero ¿cómo ha sido, cómo  
                              fué que no lo presintiera  
                              mi corazón? No es verdad:  
                              imposible que lo sea.  
                              Se engañó, si lo creyó,  
                              la Sultana de Valencia.  
                              Sólo por volar á mí,  
                              quebrantando sus cadenas,  
                              dejó soñar á la mora  
                              con esa falaz idea.  
                              Mártir de mi amor ha sido,

que desde el cielo en que reina,  
de su martirio me pide  
la debida recompensa.

Yo se la daré leal,  
yo defenderé mi diestra:  
viuda del primer amor  
he de bajar á la huesa.  
Llorar libremente quiero  
lo que de vivir me resta,  
sin que pueda hacer ninguno  
de mis lágrimas ofensa.  
No he de ser esposa yo  
de Azagra: primero muerta.

MARGARITA. Tendrás valor para?...

ISABEL. Sí,  
mi desgracia me le presta.

MARGARITA. Y si te manda su padre?...

ISABEL. Diré que no.

MARGARITA. Si te ruega...

ISABEL. No.

MARGARITA. Si amenaza...

ISABEL. Mil veces  
no. Podrán en hora buena,  
de los cabellos asida  
arrastrarme hasta la iglesia,  
podrán maltratar mi cuerpo,  
cubrirle de áspera jerga,  
emparedarme en un claustro  
donde lentamente muera:  
todo esto podrán, si; pero  
lograr que diga mi lengua  
un sí perjuro, no.

MARGARITA. Bien,  
bien. Tu valor... me consuela.

(Aparte. Nada oyó: más vale así.

La culpa, no la inocencia  
debe padecer.) Ten siempre  
esa misma fortaleza,  
y no te dejes vencer,  
suceda lo que suceda.

Matrimonio sin cariño  
crímenes tal vez engendra.

Yo sé de alguna infeliz  
que dió su mano violenta...  
y... despues de larga lucha...  
desmintió su vida honesta.  
Muchos años lleva ya  
de dolor y penitencia...  
y al fin le toca morir  
de oprobio justo cubierta.

ISABEL. Ah, madre! ¿Qué dije yo!  
Me olvidé, con esa nueva,  
de otra desdicha tan grande  
que á mi desdicha supera.

MARGARITA. No te cases, Isabel!

ISABEL. Sí, madre: mi vida es vuestra:  
dáros-la me manda Dios,  
lo manda naturaleza.

MARGARITA. Hija!

ISABEL. Por fortuna mía,  
Marsilla al morir me deja  
el corazon sin amor  
y sin lugar donde prenda.  
Por más fortuna, Marsilla  
de mí se olvidó en la ausencia,  
y puso en otra mujer  
el amor que me debiera.  
Por dicha mayor, Azagra  
es de condicion soberbia,  
celoso, iracundo: así  
mis lágrimas y querellas  
insufribles le serán;  
querrá que yo las contenga,  
no podré, se irritará,  
y me matará.

MARGARITA. ¡Me aterra;  
hija, me matas á mí!

ISABEL. Tengo yo cartas que lea:  
puede encontrármelas.

MARGARITA. Oh!  
Si como las tuyas fueran  
otras!...

ISABEL. Y tengo un retrato  
en esta joya. (Saca un relicario.)

¿Son esas  
sus facciones? Pues sabed  
que, sin estudio ni regla,  
de amor guiada la mano,  
al primer ensayo diestra,  
yo supe dar á ese rostro  
semejanza tan perfecta.  
Me sirvió para suplir  
de Marsilla la presencia;  
no le necesito ya:  
más vale que no le vea.  
Ah! dejadme que le vese  
una vez... la última es esta.  
Tomad. Veis? el sacrificio  
consumo, y estoy serena,  
tranquila... como la tumba.  
Imitad vos mi entereza,  
mi calma... y no me digais  
una palabra siquiera.  
De mí vuestra fama pende:  
la conservaréis ilesa.  
Yo me casaré: no importa,  
no importa lo que me cuesta. (Váase.)

## ESCENA XII.

MARCARITA.

Y ¿debo yo consentir  
que la inocente Isabel,  
por mi egoísmo cruel,  
se ofrezca más que á morir!  
Pero ¿cómo he de sufrir  
que, perdida mi opinion,  
me llame todo Aragon  
hipócrita y vil mujer!  
Mala madre me hace ser  
mi buena reputacion.  
Á todo me resignara  
con ánimo ya contrito,  
si al saberse mi delito,  
yo sola me deshonrara.

Pero á mi esposo manchara  
con ignominia mayor.  
Hija infeliz en amor!  
Hija desdichada mia!  
Perdona la tiranía  
de las leyes del honor.

**FIN DEL ACTO SEGUNDO.**

---

---

## ACTO TERCERO.

---

Retrete ó gabinete de Isabel. Dos puertas.

### ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TERESA.

Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón junto á una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar á su ama.

TERESA. Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os mireis os digo; tomad el espejo. (Se le da á Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.) Á esotra puerta. Miren ¡qué trazas estas de novia!—Ved qué preciosa gargantilla voy á poneros! (Isabel inclina la cabeza.) Pero alzád la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar á un difunto.

ISABEL. Marsilla!

TERESA. (Aparte. Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estais. Ello, sí, me habeis hecho perder la paciencia treinta veces.

ISABEL. Madre mia!

TERESA. Si echais ménos á mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella, la caridad es ántes que todo. El Juez de

este año, Domingo Celladas, tenía un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conoceis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se lo han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba á parar á un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro; y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá más de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle; me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imagen; y ni siquiera he logrado que deis una mirada al vestido para ver si os gusta.

ISABEL. Sí: es el último.

TERESA. El dulcísimo nombre de Jesus! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; ántes os hará tan dichosa como vos mereceis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van á venir los convidados á la boda, y es menester no darles que decir.

ISABEL. (Con sobresalto.) Qué hora es ya?

TERESA. No tardarán en tocar á vísperas allí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel Don Diego, y hasta que pase, mi señor no se considera libre de su promesa.

ISABEL. Sí, á esa hora, á esa hora misma partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcon estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba á la calle por donde habia de pasar para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino, dirigiendo el fogoso alazan enseñado á pararse bajo mis balcones. Por allí vino, vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha ó hasta la tumba, me dijo. Tuya ó muerta, le dije yo; y caí sin aliento en el balcon mismo, tendidas las manos hácia la mitad de mi alma que se ausentaba.—Suya ó muer-

ta! Y voy á dar la mano á Rodrigo. Bien cumplo mi palabra!

TERESA. Hija mia, desechad esas ideas. Yo ¿qué os he de decir para consolaros! Que os he visto nacer, que habeis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y que diera yo por que recobrasedis la paz del alma y fuérais feliz, ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, ménos uno para verlo.

ISABEL. ¡Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz! Pesa tanto, me ahogo tanto!... Quitamele, Teresa. (Levantándose.)

TERESA. Señora, que viene Don Rodrigo.

ISABEL. Don Rodrigo! Busca pronto á mi madre. (Váse Teresa.)

## ESCENA II.

DON RODRIGO.—ISABEL.

RODRIGO. Mis ojos por fin os ven á solas, ángel hermoso. Siempre un amargo desden y un recato rigoroso me han privado de este bien. —Trémula estais: ocupad la silla.

ISABEL. Ante mi señor!

RODRIGO. Esclavo diréis mejor. Soberana es la beldad en el reino del amor.

ISABEL. Mentida soberania!

RODRIGO. De mi remordimiento fiel, que dudárais no creia. ¡Si á conocer, Isabel, llegáseis el alma mia!

ISABEL. Para qué? Señas ha dado que indicar su índole bella.

RODRIGO. Mi destino desastrado sólo mostrar me ha dejado lo deforme que hay en ella. Un Azagra conoceis

orgullosa y vengativo;  
y otro por fin hallaréis,  
que en vuestro rigor esquivo  
figuraros no podeis.

El Azagra que os adora,  
el Azagra para vos;  
aún no le visteis, señora;  
y nos conviene á los dos  
una explicacion ahora.

ISABEL. Mis padres pueden mandar,  
yo tengo que obedecer,  
nada pretendo saber:  
hiciera bien en callar  
quien ha logrado vencer.

RODRIGO. El vencedor, que aparece  
lento ante vos de amargura,  
manifestaros ofrece  
que sabe lo que merece  
Doña Isabel de Segura.  
Os ví, y en vos admiré  
virtud y belleza rara:  
digno de vos me juzgué  
y uniros á mi juré,  
costara lo que costara.  
Maldicion más espantosa  
no pudo echarme jamás  
una lengua venenosa,  
que decir:—No lograrás  
hacer á Isabel tu esposa.  
—Lidiaré, si es necesario,  
por ella con todo el orbe,  
clamaba yo de ordinario.  
¡Infeliz el que me estorbe,  
competidor ó contrario!  
En mi celoso furor  
cabe hasta lo que denigre  
mi calidad y mi honor.  
Amo con ira de tigre...  
porque es muy grande mi amor.  
—No el vuestro, tan delicado,  
me pinteis para mi mengua:  
quizá no haya expresado

en seis años vuestra lengua,  
sin que me lo hayan contado.  
Cuantas cartas escribió  
Marsilla ausente, leí:  
él su retrato no vió,  
yo sí: junto á vos aquí  
siempre tuve un guarda yo.  
Ha sido mi ocupacion  
observaros noche y dia;  
y abandonaba á Monzon  
siempre que lo permitia  
la marcial obligacion.  
Viéndoos al balcon sentada  
por las noches á la luna;  
mi fatiga era pagada:  
jamás fué mujer ninguna  
de amante más respetada.  
Para romper mis prisiones,  
para defectos hallaros  
fueron mis indagaciones;  
y siempre para adoraros  
encontré nuevas razones.  
Seducido el pesamiento  
de lisonjeros engaños,  
un favorable momento  
espero hace ya seis años,  
y áun llegado no lo cuento.  
Pero, por dicha, quizá  
no deba estar muy distante.

ISABEL.

Qué! ¿Pensais que cesará  
mi pasion, muerto mi amante?  
No: lo que yo vivirá.

RODRIGO.

Pues bien, hablad, Isabel,  
y decido sin reparo;  
que con ese amor tan fiel,  
que aunque á mí me cueste caro,  
nunca me hallaréis cruel.  
Mas si ese afecto amoroso,  
cuya expresion no limito,  
mantener os es forzoso  
yo, mi bien, yo necesito  
el nombre de vuestro esposo.

No más que el nombre, y concluyo  
de desear y pedir:  
todas mis dichas incluyo  
en la dicha de decir:  
Me tienen por dueño suyo.  
Separada habitacion,  
distinto lecho tendreis...  
Quereis más separacion?  
vos en Teruel viviréis,  
yo en la corte de Aragon.  
¿Temeis que la soledad  
bajo mi techo os consuma?  
Vuestros padres os llevad  
con vos: mudaréis en suma  
de casa y de vecindad.  
Nunca sin vuestra licencia  
veré esos divinos ojos...  
ay! dádmela con frecuencia.  
Si os oprimen los enojos,  
hablad, y mi diligencia  
ya un festin, ya una batida,  
ya un torneo dispondrá.  
Si llorais... Prenda querida!  
cuando llorais, ¿qué os dirá  
quien no ha llorado en la vida?  
Miseros ambos, hacer  
con la indulgencia podemos  
menor nuestro padecer.  
Ahora, aunque nos casemos,  
me podreis aborrecer?  
Don Rodrigo! Don Rodrigo! (Sollozando.)

ISABEL.  
RODRIGO.

Llorais! ¿Es porque me muestro  
digno de ser vuestro amigo?  
¿No sufrí del odio vuestro  
bastante el duro castigo?

ISABEL.

Oh! no, no: mi corazon  
palpitar de odio no sabe.

RODRIGO.

Ni al mirar vuestra aficion.  
hay fuerza en mí que no acabe  
rindiéndose á discrecion.  
Es ya el caso de manera,  
que el infausto desposorio

viene á ser obligatorio  
para ambos: lo demas fuera  
dar escándalo notorio.  
Pero el amor que os consagro,  
se ha vuelto á vos tan propicio,  
que si Dios en su alto juicio  
quiere obrar hoy un milagro...  
contad con un sacrificio.

Ayer, si resucitara  
mi aciago rival Marsilla,  
sin compasion la matara,  
y sin limpiar la cuchilla,  
corriera con vos el ara.  
Hoy, resucitado ó no,  
si ántes que me deis el sí  
viene... que triunfe de mí.

ISABEL. ¡Vos sí que triunfais así  
de esta débil mujer!

(El llanto le ahoga la voz por unos instantes;  
luego, al ver á Don Pedro y los que le acompañan,  
se contiene, exclamando):

Oh!

### ESCENA III

DON PEDRO, DON MARTIN, DAMAS, CABALLEROS, PAJES.—

ISABEL, DON ROBRIGO. Despues, TERESA.

PEDRO. Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra union, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan á que apresure la ceremonia; pero aún no ha fenecido el plazo que otorgué á Don Diego. Al toque de visperas de un domingo salió de su patria el malogrado jóven, seis años y siete dias hace. Hasta que suene aquella señal en mi oido, no tengo libertad para disponer de mi hija. (Á Don Martin.) Porque veais de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que vinierais aquí.

MARTIN. Inútil escrupulosidad! No os detengais. No romperá mi hijo el seno de la tierra para re-  
conveniros.

- ISABEL. (Aparte. Infeliz!)
- PEDRO. Fiel á lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo. (Sale Teresa.)
- RODRIGO. Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del Juez...
- TERESA. Ahora empezaba el herido á volver en su conocimiento. Si ántes de visperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir á los desposorios: esto me ha dicho.
- PEDRO. La esperaremos en el templo. (Á Don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...
- MARTIN. Excusadme el presenciar un acto, que debe serme tan doloroso.
- PEDRO. Estad seguro de que mientras no oigais las campanas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeres podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos.
- ISABEL. (Ap. Morada de mi pasado bien, á Dios para siempre!) (Vánse todos, ménos Don Martin.)

## ESCENA IV.

DON MARTIN.

Con pena, con celos veo yo á Isabel dirigirse al altar. Hubo un tiempo en que la tuve por hija; hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, bien se puede satisfacer con las mías!

## ESCENA V.

ADEL.—DOÑ MARTIN.

ADEL. Cristiano, busco á Martin Marsilla, que está aquí, segun se me dice. Eres tú?

- MARTIN. Yo soy.  
ADEL. Qué sabes de tu hijo?  
MARTIN. Moro!... su muerte.  
ADEL. Esa noticia... quién la ha traído?  
MARTIN. Un jóven forastero.  
ADEL. En dónde pára?  
MARTIN. Apenas se detuvo en Teruel: yo no pude verle.  
ADEL. Qué ha pasado con Jaime Celladas?  
MARTIN. Le han herido gravemente al llegar á la villa: en su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.  
ADEL. Luego tú nada sabes?  
MARTIN. ¿Qué vas á decirme!  
ADEL. Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.  
MARTIN. La que fué causa de la pérdida de mi hijo?  
ADEL. Él la desdennó, y ella se ha vengado mintiendo.  
MARTIN. ¿Mintiendo!  
ADEL. Anciano! Bendice al Señor: áun eres padre.  
MARTIN. Dios poderoso!  
ADEL. Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió caminar hasta reponerse. Jaime venia delante para anunciar su vuelta. Sigüeme, y no pararé hasta poner á Marsilla en tus brazos. (vase.)  
MARTIN. (Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.) Señor! Señor!

## ESCENA VI.

MARGARITA.—DON MARTIN.

- MARGARITA. (Dentro.) Isabel! Isabel! (Sale y repara en Don Martín, que se retiraba con Adel.) Don Martín...  
MARTIN. (Deteniéndose.) Margarita, sabedlo...  
MARGARITA. Sabedlo el primero. Jaime Celladas...

MARTIN. Ese moro que veis...  
MARGARITA. Ha vuelto en sí.  
MARTIN. Viene de Valencia.  
MARGARITA. Jaime tambien.  
MARTIN. Vive mi hijo.  
MARGARITA. Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (Óyese el toque de visperas.)  
MARTIN. Ah! ya es tarde.  
MARGARITA. Dios ha rechazado mi sacrificio!  
MARTIN. Hijo infeliz!  
MARGARITA. Hija de mis entrañas! (Vánse.)

Bosque inmediato á Teruel.

## ESCENA VII.

MARSILLA, atado á un árbol.

Infames bandoleros,  
que me habeis á traicion acometido,  
venid y ensangrentad vuestros aceros:  
la muerte ya por compasion os pido.  
Nadie llega, de nadie soy oido:  
vuelve el eco mis voces, y parece  
que goza en mi dolor y me escarnece.  
Me adelanté á la escolta que traia:  
su lento caminar me consumia.  
Yo vengo con amor, ellos con oro.  
—Enemigos villanos,  
los ricos dones del monarca moro  
no como yo darán en vuestras manos:  
tienen quien los defienda.  
Pero las horas pasan, huye el dia.  
¿Qué vas á imaginar, Isabel mia!  
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,  
si esperando abrazar al triste Diego,  
corrido el plazo ves, y yo no llego?  
Mas por Jaime avisados  
en mi casa estarán: pronto, azorados  
con mi tardanza... Sí, ya se aproxima  
gente. Quién es?

ESCENA VIII.

ZULIMA, en traje de hombre. — MARSILLA.

ZULIMA.

Yo soy.

MARSILLA.

Cielos! Zulima!

ZULIMA.

Tú aquí! (Aparte. Presagio horrendo!)

Vecinos de Teruel vienen corriendo  
á quienes más que á mí toca librarle:  
yo sólo en esta parte

me debo detener mientras te digo  
que Isabel es mujer de Don Rodrigo.

MARSILLA.

Gran Dios! — Mas no: me engañas, impos-

ZULIMA.

Zaen, que llega de Teruel ahora, [tora.  
Zaen ha visto dar aquella mano  
tan ansiada por tí.

MARSILLA.

Finges en vano.

Tú ignoras que mi próxima llegada  
previno un mensajero.

ZULIMA.

Tú no sabes

que un tirador certero  
supo dejar tu prevision burlada,  
saliéndole al camino al mensajero.  
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte  
la noticia le di, y á los bandidos  
encargué que tu viaje detuvieran.  
Yo, celebradas de Isabel las bodas,  
te las vengo á anunciar.

MARSILLA.

¿Con que es ya tarde!

ZULIMA.

Mírame bien, y dúdalo si puedes.

Inútiles mercedes

el Rey te prodigó: más he podido  
prófuga yo que mi real marido.

Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,  
y te inmolé mi fe y el ser que tengo;

tú preferiste ingrato mis rencores:  
me ofendiste cruel, cruel me vengo.

Á Dios: en mi partida

te dejo por ahora con la vida,  
mientras padeces en el duro potro  
de ver á Isabel en brazos de otro. (Váase.)

## ESCENA IX.

MARSILLA.

Mónstruo, por cuya voz ruge el abismo,  
vuelve y di que es engaño  
todo lo que te oí. (Forcejea para desatarse.)  
Lazos crueles,  
¡Cómo me resistís? ¡Ligan cordeles  
al que hierros quebró! No soy el mismo?  
Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes  
me quedan que vivir, si no has mentido;  
pero permita Dios que mueras ántes!

## ESCENA X.

ADEL, pasando por una altura.—MARSILLA.

ADEL. Rumor aquí he sentido.  
Atraviesan el valle bandoleres  
con Zulima á caballo.  
Yo, cueste lo que cueste,  
la tengo de prender: voy á ver si hallo  
cerca mis compañeros.

MARSILLA. Quién va?

ADEL. Marsilla es este.  
(Á voces.) Aquí! Por este lado, caballeros!  
(Váse.)

## ESCENA XI.

DON MARTIN, CABALLEROS, CRIADOS.—MARSILLA.

MARTIN. (Dentro.) Él es.

MARSILLA. Mi padre!

VOCES. (Dentro.) Él es.

MARSILLA. Padre!

MARTIN. (Dentro.) Hijo mio!

Subid, corred, volad: libradle pronto.

(Salen caballeros y criados.)

MARSILLA. Desatadme, decidme... (Desatan á Marsilla.)

MARTIN. (Saliendo.) Hijo querido!

- MARSILLA. Padre!
- MARTIN. Por fin te hallé.
- MARSILLA. Decid... Es tarde?
- MARTIN. Yo quisiera dudar... Mi mal ¿es cierto?  
Respondante las lágrimas que vierto.  
Hijo del alma, á quien su hieirro ardiente  
la desgracia al nacer marcó en la frente,  
tu triste padre, que por verte vive,  
con dolor en sus brazos te recibe.  
Quién tu llegada ha retardado?
- MARSILLA. El cielo...  
El infierno... Yo no sé... Facinerosos...  
Una mujer... Dejadme.
- MARTIN. La sultana?  
¿Esos bandidos que cobardos huyen  
de los guerreros que conmigo traje?—  
Te han herido?
- MARSILLA. Ojalá!
- MARTIN. Te han despojado?
- MARSILLA. Nada he perdido. La esperanza sólo.
- MARTIN. Suerte cruel! Cuando el fatal sonido  
de la campana término ponía...
- MARSILLA. Esa tigre anunció la muerte mia!
- MARTIN. Lo sabes?
- MARSILLA. De ella.
- MARTIN. Horror! Entónces era  
cuando Jaime, el sentido recobrando,  
la traidora noticia desmentia. [co...  
Corro al templo á saber... Miro, enmudez-  
Eran esposos ya! Tu bien perdiste...  
Dios lo ha querido así... Pero áun te que-  
padres que lloren tu destino triste. [dan
- MARSILLA. El ajeno dolor no quita el mio.  
¿Con qué llenais el hórrido vacío  
que el alma siente, de su bien privada?  
Padre! sin Isabel, para Marsilla  
no hay en el mundo nada.  
Pcr eso en mi doliente desvario  
sed bárbara de sangre me devora.  
Verterla á rios para hartarme quiero,  
y cuando más que derramar no tenga,  
la de mis venas soltará mi acero.

MARTIN. Hijo, modera ese furor.  
MARSILLA. ¿Quién osa  
hijo llamarme ya? Fuera ese nombre!  
La desventura quiebra  
los vínculos del hombre con el hombre  
y con la vida y la virtud. Ahora,  
que tiemble mi rival, tiemble la mora.  
Breve será su victorioso alarde:  
para acabar con ambos áun no es tarde.  
MARTIN. Desgraciado! qué intentas?  
MARSILLA. Con el crimen  
el crimen castigar. Una serpiente  
se me enreda en los piés: mi pie destroce  
su garganta infernal. Un enemigo  
me aparta de Isabel: desaparezca.  
MARTIN. Hijo...  
MARSILLA. Perecerá.  
MARTIN. No...  
MARSILLA. ¡Maldecido  
mi nombre sea, si la sangre odiosa  
de mi rival no vierto!  
MARTIN. Es poderoso...  
MARSILLA. Marsilla soy.  
MARTIN. Mil deudos le acompañan...  
MARSILLA. Mi furia á mí.  
MARTIN. Merézcate respeto  
ese lazo...  
MARSILLA. Es sacrilego, es aleve.  
MARTIN. En presencia de Dios formado ha sido.  
MARSILLA. Con mi presencia queda destruido.

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

---

## ACTO CUARTO.

Habitacion de Isabel en la casa de Don Rodrigo. Dos puertas á la izquierda del espectador, una en el fondo, y una ventana sin reja á la derecha.

### ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, DON MARTIN.

- PEDRO. Ya cesó la vocería.  
MARTIN. Ya se tranquiliza el pueblo.  
Zaen en la cárcel queda con los demas bandoleros.  
PEDRO. Milagro ha sido salvarlos mayor que lo fué prenderlos.  
MARTIN. Y no los prenden quizá, si no acuden tan á tiempo los moros que de Valencia con los regalos vinieron de su Rey para mi hijo. Regalos ya sin provecho! ¡Castigue Dios á quien tiene la culpa!
- PEDRO. Oh! lo hará.—Primero que vayamos esta noche los dos al Ayuntamiento, donde ya deben hallarse juntos el Juez y mi yerno,

¿tendreis, Don Martin, á bien que los dos conferencemos un rato?

MARTIN.

Hablad.

PEDRO.

Aquí está

Zulima.

MARTIN.

Bien me dijeron los moros.

PEDRO.

En esta calle arremeti6 con los presos un tropel de gente; y ella, puesta en libertad en medio del tumulto, se arroj6 por estas puertas adentro.

MARTIN.

Confesad que don Rodrigo la salv6.

PEDRO.

No lo confieso... porque no lo vi.

MARTIN.

Yo, en suma, no diré que fué mal hecho: él debe á la mora estar agradecido en extremo. Por ella logra la mano de Isabel.

PEDRO.

Resentimiento justo mostrais; pero yo, que he sido enemigo vuestro, necesito de vos hoy.

MARTIN.

Aquí me teneis, Don Pedro.

PEDRO.

Sois quien sois.—Esa mujer nos pone en terrible aprieto. Ya veis, los moros reclaman su entrega con mucho empeño.

MARTIN.

Y miéntras el Juez resuelve, cercada se ve por ellos esta casa.

PEDRO.

Y bien, ¿quisiérais que entre vos y yo, de un riesgo libráramos á Teruel?

MARTIN.

Crímen fuera no quererlo.

PEDRO.

Si en la junta de la villa negamos, como debemos,

- le entrega de la Sultana,  
va á ser enemigo nuestro  
el Rey de Valencia, y puede  
gravísimo daño hacernos.
- MARTIN. Y el que recibimos ambos  
de su mujer, ¿es pequeño?
- PEDRO. Pero es mujer, y nosotros  
cristianos y caballeros.
- MARTIN. Proseguid.
- PEDRO. El compromiso  
queda evitado, si hacemos  
que huya en el instante.
- MARTIN. Hagámoslo.  
—Págueme Dios el esfuerzo  
que me cuesta no vengarme.  
Disponed.
- PEDRO. Con un pretexto  
llevad los moros de aquí.  
De vos harán caso.
- MARTIN. Creo  
que sí.
- PEDRO. Lo demás es fácil.  
Puesta ya en salvo, diremos  
que ella huyó por sí.
- MARTIN. Voy pues,  
y ya que la mano tiendo  
al uno de los autores  
de mi desventura, quiero  
dársela también al otro.  
Decid al dichoso dueño  
de esta casa y de Isabel,  
que mire en estos momentos  
por su vida; que mi hijo  
va, loco de sentimiento  
y de furor, en su busca  
por Teruel; y, ¡vive el cielo  
que, doliente como está,  
valor le sobra al mancebo  
para vengar!... Perdonadme.  
Á Dios. Voy á complaceros,  
y á buscarle y conducirle  
esta noche misma léjos

de unos lugares en donde  
vivimos los dos muriendo.

(Váse por la puerta de la izquierda, más cercana  
al proscenio.)

PEDRO. Id con Dios —Padre infeliz!  
Y nosotros? Me estremezco  
al pensar en Isabel,  
cuando de todo el suceso  
llegue á enterarse.

## ESCENA II.

TERESA.—DON PEDRO.

TERESA. (Dentro.) Favor!  
que me vienen persiguiendo! (Sale.)

PEDRO. Teresa! Qué hay? Quién te sigue?

TERESA. Las ánimas del infierno...  
las del purgatorio... No  
sé cuáles; pero las veo,  
las oigo...

PEDRO. Mas qué sucede?

TERESA. Ay! Muerta de susto vengo.  
Ay!—Isabel me ha enviado  
por mi señora corriendo,  
que volvió, no sé por qué,  
á la casa del enfermo;  
y ántes de llegar, he visto  
en un callejon estrecho,  
junto á la ermita caida...  
Jesus! convulsa me vuelvo  
á casa.

PEDRO. ¿Qué viste! Dí.

TERESA. Una fantasma, un espectro  
todo parecido, todo,  
al pobrecito Don Diego.

PEDRO. Calla: no te oiga Isabel.  
Guarda con ella silencio.—  
Marsilla ha venido, y ella  
no lo sabe.

TERESA. Pero, ¿es cierto  
que vive!

PEDRO. No ha de ser?

- TERESA. Ay!  
Pues otra desgracia temo.
- PEDRO. Cuál?
- TERESA. No lo aseguraré,  
por si es aprension del miedo;  
sin embargo, yo creí  
ver que se llevaba el muerto  
asido del brazo al novio.
- PEDRO. ¿Qué dices!
- TERESA. Aún traigo el eco  
de su voz en los oídos.  
Con alarido tremendo  
decía: Vas á morir;  
has de morir.—Lo veremos,  
replicaba Don Rodrigo;  
y echando votos y retos,  
iban los dos como rayos  
camino del cementerio.  
Yo, señor, ya les recé  
la salve y el padre nuestro  
en latin.
- PEDRO. Se han encontrado  
y van á tener un duelo.  
Esto es ántes.

### ESCENA III.

ISABEL, por la segunda puerta del lado izquierdo.—DON

PEDRO, TERESA.

- ISABEL. Padre!
- PEDRO. Aguárdame  
aquí: pronto volveremos  
tu madre, tu esposo y yo.  
Venid, Teresa. (Vánse los dos.)
- ISABEL. Qué es esto?  
¡Mi padre me deja sola,  
cuando con tanto secreto  
un moro me quiere hablar!  
Sin duda están sucediendo  
cosas extrañas aquí.  
(Acércase á la segunda puerta.)  
Llegad. Al mirarle, tiemblo.

ESCENA IV.

ABEL.—ISABEL.

- ADEL. Cristiana, brillante honor  
de las damas de tu ley,  
yo imploro, en nombre del Rey  
de Valencia, tu favor.
- ISABEL. ¡Mi favor?
- ADEL. Tendrás noticia  
de que salió de su corte  
Zulima, su infiel consorte,  
huyendo de su justicia.
- ISABEL. Sí.
- ADEL. Mi señor decretó  
con rectitud musulmana  
castigar á la Sultana,  
ya que á Marsilla premió.
- ISABEL. Premiar!... ¡Ignoras, cruel,  
que le dió muerte sañuda!
- ADEL. Tú no le has visto, sin duda,  
entrar como yo en Teruel.
- ISABEL. ¡Marsilla en Teruel?
- ADEL. Sí.
- ISABEL. Mira  
si te engañas.
- ADEL. Mal pudiera.  
Infórmate de cualquiera,  
y mátenme si es mentira.
- ISABEL. No es posible.—Ah! sí! que siendo  
mal, no es imposible nada.
- ADEL. Por la villa alborotada  
tu nombre va repitiendo.
- ISABEL. Eterno Dios! ¡Qué infelices  
nacimos!—Cuándo ha llegado?  
Cómo es que me lo han llamado?
- ADEL. —Y tú, por qué me lo dices?  
Porque estás, á mi entender,  
en grave riesgo quizá.
- ISABEL. Perdido Marsilla, ya  
qué bien tengo que perder?

ADEL. Con viva lástima escucho  
tus ansias de amor extremas;  
pero aunque tú nada temas,  
yo debo decirte mucho.  
Marsilla á mi Rey salvó  
de unos conjurados moros,  
y el Rey vertió sus tesoros  
en él, y aquí le envió.  
Él despreció la liviana  
inclinacion de la infiel...

ISABEL. Oh! Sí!

ADEL. Y airada con él,  
vino, y se vengó villana  
contando su falso fin.

ISABEL. Ella!

ADEL. Con una gavilla  
de bandidos, á Marsilla  
detuvo, ya en el confin  
de Teruel, donde veloces  
corriendo en tropel armado,  
le hallamos á un tronco atado,  
socorro pidiendo á voces.

ISABEL. Calla, moro: no más.

ADEL. Pasa  
más, y es bien que te aperciba.  
—La Sultana fugitiva  
se ha refugiado en tu casa:  
en ésta.

ISABEL. Aquí mi rival!

ADEL. Tu esposo la libertó.

ISABEL. Ella donde habito yo!

ADEL. Guárdate de su puñal.

Por celos allá en Valencia  
matar á Marsilla quiso.

ISABEL. Á tiempo llega el aviso.

ADEL. Confirma tú la sentencia

que justo lanzó el Amir.

Por esa mujer malvada,

para siempre separada

de Marsilla has de vivir.

Ella te arrastra al odioso

tálamo de Don Rodrigo.

Envíala tú conmigo  
al que le apresta su esposo,  
pena digna del ultraje  
que siente.

ISABEL.

Sí, moro: salga  
pronto de aquí, no le valga  
el fuero del hospedaje.  
Como perseguida fiera  
entró en mi casa: pues bien,  
al cazador se la den,  
que la mate donde quiera.  
Mostrarse de pecho blando  
con ella, fuera rayar  
en loca: voy á mandar  
que la traigan arrastrando.  
Sean de mi furia jueces  
cuantas pierdan lo que pierdo.  
Jesus! Cuando yo recuerdo  
que hoy pude... Jesus mil veces!  
No le ha de valer el llanto,  
ni el ser mujer, ni ser bella,  
ni Reina. ¡Si soy por ella  
tan infeliz! tanto, tanto!...  
Díme, pues, di: tu señor,  
qué suplicio le impondrá?

ADEL.

Una hoguera acabará  
con su delincuente amor.

ISABEL.

Su amor! Amor desastrado!  
Pero es amor...

ADEL.

Y ¿es bastante  
esa razon?...

ISABEL.

¡Es mi amante  
tan digno de ser amado!  
Le vió, le debió querer  
en viéndole.—¡Y yo, que hacia  
tanto que no le veía...  
y ya no le puedo ver!  
—Moro, la víctima niego  
que me vienes á pedir:  
quiero yo darle á sufrir  
castigo mayor que el fuego.  
Ella con feroz encono

mi corazón desgarró...  
me asesina el alma... yo  
la defiende, la perdono. (Váse.)

### ESCENA V.

ADEL.

He perdido la ocasión.  
Suele tener esta gente  
acciones, que de un creyente  
propias en justicia son.  
Yo dejara con placer  
este empeño abandonado;  
pero el Amir lo ha mandado,  
y es forzoso obedecer. (Váse.)

### ESCENA VI.

MARSILLA, por la ventana.

Jardín... una ventana... y ella luego.  
Jardín abierto hallé y hallé ventana;  
mas dónde está Isabel?—Dios de ciencia,  
detened mi razón, que se me escapa;  
detenedme la vida, que parece  
que de luchar con el dolor se cansa.  
Siete días hace hoy, ¡qué venturoso  
era en aquel salón! Sangre manaba  
de mi herida, es verdad; pero agolpados  
alrededor de mi lujosa cama,  
la tierna historia de mi amor oían  
los guerreros, el pueblo y el monarca,  
y entre piadoso llanto y bendiciones—  
Tuya será Isabel—juntos clamaban  
súbditos y Señor. Hoy no me ofende  
mi herida, rayos en mi diestra lanza  
el damasquino acero... No le traigo...  
y hace un momento que con dos me hallaba!  
—Salvo en Teruel y vencedor, ¡qué angustia  
viene á ser esta que me rinde el alma,  
cuando acabada la cruel ausencia,

voy á ver á Isabel!

ESCENA VII.

ISABEL.—MARSILLA.

- ISABEL. Por fin se encarga  
mi madre de Zulima.
- MARSILLA. Cielo santo!
- ISABEL. Gran Dios!
- MARSILLA. No es ella?
- ISABEL. Él es!
- MARSILLA. Prenda adorada!
- ISABEL. Marsilla!
- MARSILLA. Gloria mia!
- ISABEL. ¿Cómo, ay! cómo  
te atreves á poner aquí la planta!  
Si te han visto llegar... Á qué has venido?
- MARSILLA. Por Dios... que lo olvidé. Pero ¿no basta,  
para que hácia Isabel vuele Marsilla,  
querer, deber, necesitar mirarla?  
Oh! qué hermosa á mis ojos te presentas!  
Nunca te vi tan bella, tan galana...  
y un pesar sin embargo indefinible  
me inspiran esas joyas, esas galas.  
Arrójalas, mi bien; lana modesta,  
cándida flor, en mi jardín criada,  
vuelvan á ser tu virginal adorno:  
mi amor se asusta de riqueza tanta.
- ISABEL. (Aparte. Delira el infeliz! Sufrir no puedo  
su dolorida, atónita mirada.)  
¿No entiendes lo que indica el atavío,  
que no puedes mirar sin repugnancia?  
Nuestra separacion.
- MARSILLA. Poder del cielo!
- ISABEL. Sí. Funesta verdad!
- ISABEL. Estoy casada!
- MARSILLA. Ya lo sé. Llegué tarde. Vi la dicha,  
tendí las manos, y voló al tocarla.
- ISABEL. Me engañaron: tu muerte supusieron  
y tu infidelidad.
- MARSILLA. Horrible infamia!

ISABEL. Yo la muerte creí.

MARSILLA.

Si tú vivías,  
y tu vida y la mía son entrambas  
una sola no más, la que me alienta,  
cómo de tí sin tí se separara?  
Juntos aquí nos desterró la mano  
que gozo y pena distribuye sábia;  
juntos al fin de la mortal carrera  
nos toca ver la celestial morada.

ISABEL.

MARSILLA.

Oh! si me oyera Dios!...  
Isabel, mira,  
yo no vengo á dar quejas: fueran vanas.  
Yo no vengo á decirte que debiera  
prometerme de tí mayor constancia,  
cumplimiento mejor del tierno voto  
que invocando á la Madre inmaculada,  
me hiciste amante la postrera noche  
que me apartó de tu balcon el alba.—  
Para tí (sollozando me decias),  
ó si no, para Dios!—¡Dulce palabra,  
consoladora fiel de mis pesares  
en los ardientes páramos del Asia  
y en mi cautividad! Hoy ni eres mía,  
ni esposa del Señor. Dí, pues, declara  
(esto quiero saber) de qué ha nacido  
el prodigio infeliz de tu mudanza.  
Causa debe tener.

ISABEL.

MARSILLA.

La tiene.

Grande.

Poderosa, invencible: no se casa  
quien amaba cual yo, sino cediendo  
á la fuerza mayor en fuerza humana.

Dímelo pronto, pues, dílo.

Imposible.

No has de saberlo.

Sí.

No.

Todo.

Nada.

Pero tú en mi lugar tambien el cuello  
dócil á la coyunda sujetaras.

Yo no, Isabel, yo no. Marsilla supo

despreciar una mano soberana  
y la muerte arrostrar, por quien ahora  
la suya vende y el por qué le calla.

ISABEL. (Aparte. Madre, madre!)

Responde.

MARSILLA.

ISABEL.

(Aparte. Qué le digo?)

Tendré que confesar... que soy culpada.  
Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.  
Perdóname... Castígame por falsa, (Llora.)  
mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes,  
para el golpe mortal arrodillada.

MARSILLA.

Idolo mio, no; yo sí que debo  
poner mis labios en tus huellas. Alza.  
No es de arrepentimiento el lloro triste  
que esos luceros fúlgidos empaña;  
ese llanto es de amor, yo lo conozco,  
de amor constante, sin doblez, sin tacha,  
ferviente, abrasador, igual al mio.  
No es verdad, Isabel? Dímelo franca:  
va mi vida en oírtelo.

ISABEL.

¿Prometes

obedecer á tu Isabel?

MARSILLA.

Ingrata!

Cuándo me revelé contra tu gusto?

Mi voluntad, no es tuya? Dispon, habla.

ISABEL.

Júralo.

MARSILLA

Sí.

ISABEL.

Pues bien... Yo te amo.—Vete.

MARSILLA

Cruel! ¿Temeis que ventura tanta  
me matase á sus piés, si su dulzura  
con venenosa hiel esta mezclada?

Cómo esas dos ideas enemigas  
de destierro y de amor hiciste hermanas?  
Ya lo ves, no soy mia; soy de un hombre  
que me hace de su honor depositaria,  
y debo serle fiel. Nuestros amores  
mantuvo la virtud libres de mancha:  
su pureza de armiño conservemos.—

ISABEL.

Aquí hay espinas, en el cielo palmas.  
Tuyo es mi amor y lo será: tu imagen  
siempre en el pecho llevaré grabada,  
y allí la adoraré: yo lo prometo,

- yo lo juro; mas huye sin tardanza.  
Libértate de tí, sé generoso:  
libértate de mí...
- MARSILLA. No sigas, basta.  
Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.  
Valor... y separémonos.—En pago,  
en secuerdo si nó, de tantas penas  
con gozo por tu amor sobrellevadas,  
permite, Isabel mia, que te estrechen  
mis brazos una vez...
- ISABEL. Deja á la esclava  
cumplir con su señor.
- MARSILLA. Será el abrazo  
de un hermano dulcísimo á su hermana,  
el ósculo será que tantas veces  
cambió feliz en la materna falda  
nuestro amor infantil.
- ISABEL. No lo recuerdes.
- MARSILLA. Ven...
- ISABEL. No: jamás.
- MARSILLA. En vano me rechazas.
- ISABEL. Detente... ó llamo...
- MARSILLA. Á quién? ¡Á Don Rodrigo?  
No te figures que á tu grito salga.  
No lisonjeros pláceme oyendo,  
su vanidad en el estrado sacia,  
no; léjos de los muros de la villa,  
muerte la tierra que su sangre baña.
- ISABEL. Qué horror! Le has muerto?
- MARSILLA. Pérfida! te afliges!  
Si lo llego á pensar, quién le librara?
- ISABEL. Vive?
- MARSILLA. Merced á mi nobleza loca,  
vive: apénas cruzamós las espadas,  
furiosa en él se encarnizó la mia:  
un momento despues, hundido estaba  
su orgullo en tierra, en mi poder su acero.  
Oh! maldita destreza de las armas!  
Maldito el hombre que virtudes siembra,  
que le rinden cosechas de desgracias!  
No más humanidad; crímenes quiero.  
Á ser cruel tu crueldad me arrastra,

y en tí la he de emplear. Conmigo ahora vas á salir de aquí.

ISABEL. No, no!

MARSILLA. Se trata de salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo el cobarde que lloras desolada, al caer en la lid? Triunfante quedas; pero mi sangre costará bien cara.

ISABEL. ¿Qué dijo! Qué?

MARSILLA. Me vengaré en Don Pedro, en su esposa, en los tres: guardo las cartas

ISABEL. Jesus!

MARSILLA. Qué cartas son?...

ISABEL. Tú me has perdido!

la desventura sigue tus pisadas.  
Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,  
para que fiel á socorrerle vaya,  
y á fuerza de rogar venza sus iras!

MARSILLA. Justo Dios! Y decia que me amaba!

ISABEL. ¿Con su pasion funesta reconvienes á la mujer del vengativo Azagra!  
Te aborrezco! (Váse.)

## ESCENA VIII.

MARSILLA.

Gran Dios! Ella lo dice.

Con furor me lo dijo: no me engaña.

Ya no hay amor allí. Mortal veneno su boca me arrojó, que al fondo pasa

de mi seno infeliz, y una por una, rompe, rompe, me rompe las entrañas!

Yo con ella, por ella, para ella viví... Sin ella, sin su amor, me falta

aire que respirar... ¡Era amor suyo el aire que mi pecho respiraba!

Me le negó, me le quitó: me ahogó, no sé vivir.

VOCES. (Dentro.) Entrad, cercad la casa.

### ESCENA IX.

ISABEL, trémula y precipitada.—MARSILLA.

ISABEL. Huye, que viene gente, huye.  
MARSILLA. (Todo trastornado.) No puedo.  
VOCES. Muera, muera! (Dentro.)  
MARSILLA. Eso sí.  
ISABEL. Ven.  
MARSILLA. Dios me valga!  
(Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

### ESCENA X.

ADEL, huyendo de varios CABALLEROS con espadas desnudas;  
DON PEDRO, MARGARITA, CRIADOS.—ISABEL y MARSILLA,  
dentro.

CABALLER. Muera, muera!  
PED. y MAR. Escuchad.  
ADEL. Aragoneses,  
yo la sangre vertí de la Sultana;  
pero el Rey de Valencia, esposo suyo,  
tras ella me envió para matarla.  
Consorte criminal, amante impía,  
la muerte de Marsilla maquinaba,  
la muerte de Isabel...  
ISABEL. (Dentro.) Ay!!!  
ADEL. Ved en prueba  
esta punta sutil envenenada.  
(Muestra el puñal de Zulima.)  
Marsilla lo que digo corrobore.  
Cerca de aquí ha de estar.  
(Ábrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel,  
que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece caído en un escaño.)

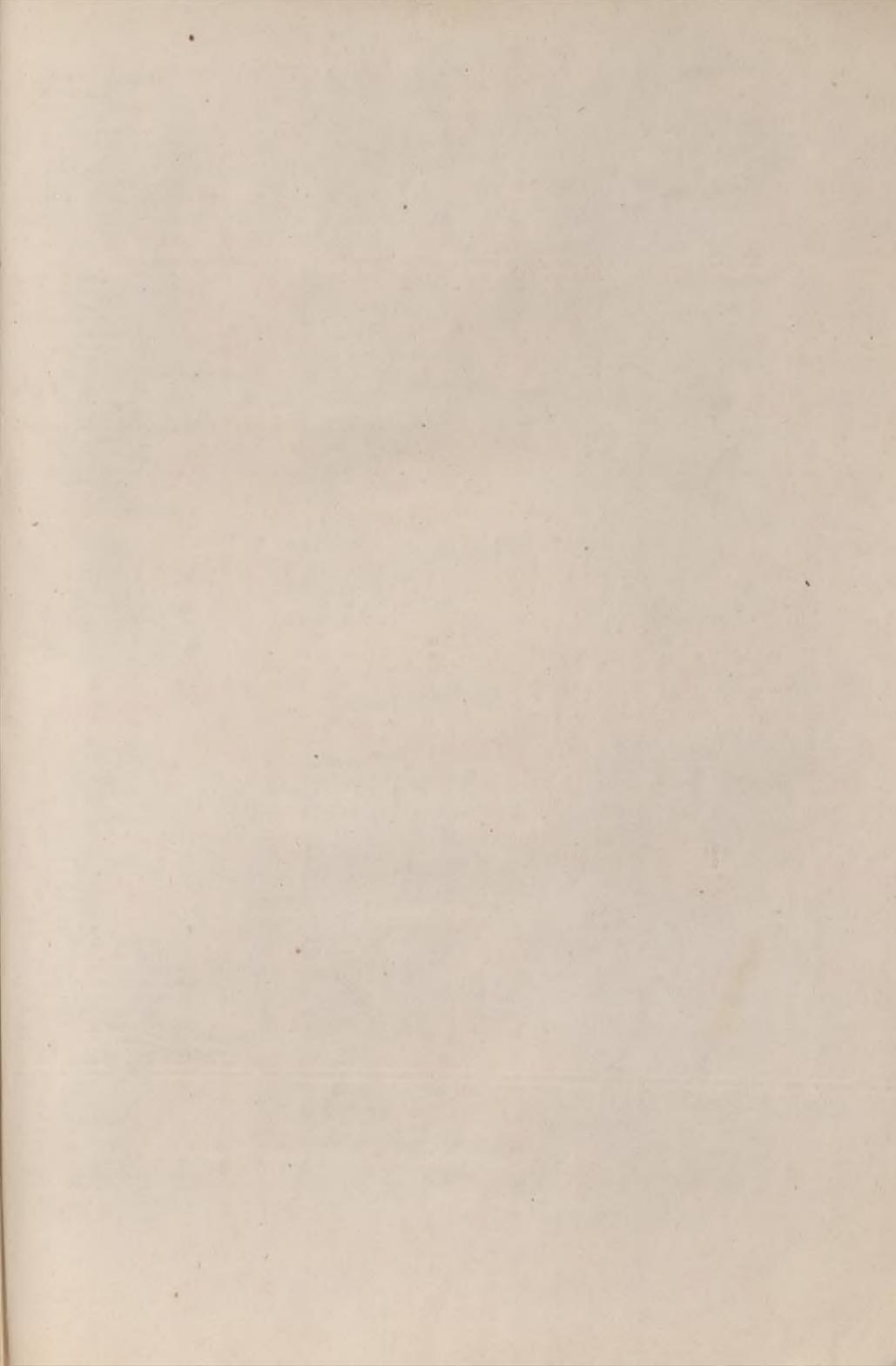
### ESCENA XI.

ISABEL.—DICHOS.

ABEL. Madre del alma!

ADEL. Vedle allí...  
MARGARITA. Santo Dios!  
PEDRO. Inmóvil...  
ISABEL. Muerto!  
ADEL. Cumplió Zulima su feroz venganza.  
ISABEL. No le mató la vengativa mora.  
Donde estuviera yo, quién le tocara?  
Mi desgraciado amor, que fué su vida...  
su desgraciado amor es quien le mata!  
Delirante le dije: Te aborrezco:  
él creyó la sacrílega palabra,  
y espiró de dolor.  
MARGARITA. Por todo el cielo...  
ISABEL. El cielo que en la vida nos aparta,  
nos unirá en la tumba.  
PEDRO. Hija!  
ISABEL. Marsilla  
un lugar á su lado me señala.  
MARGARITA. Isabel!  
PEDRO. Isabel!  
ISABEL. Mi bien, perdona  
mi despecho fatal. Yo te adoraba.  
Tuya fui, tuya soy: en pos del tuyo  
mi enamorado espíritu se lanza.  
(Dirígese adonde está el cadáver de Marsilla:  
pero ántes de llegar, cae sin aliento con los brazos  
tendidos hácia su amante.)

FIN DEL DRAMA.





La segunda cenicienta.  
 La peor cuna.  
 La choza del almadreho.  
 Los patizotas.  
 Los lazos del vicio.  
 Los molinos de viento.  
 La agenda de Correlargo.  
 La cruz de oro.  
 La caja del regimiento.  
 Las sisas de mi mujer.  
 Llueven hijos.  
 Las dos madres.  
 La hija del Rey René.  
 Los extremos.  
 La frutera de Murillo.  
 La cantinera.  
 La venganza de Catana.  
 La marquesita.  
 La novela de la vida.  
 La torre de Garan.  
 La nave sin piloto.  
 Los amigos.  
 La judía en el campamento, ó  
 Lglorias de Africa.  
 Los criados.  
 Los caballeros de la niebla.  
 La escala de matrimonio.  
 La torre de Babel.  
 La caza del gallo.  
 La desobediencia.  
 La buena alhaja.  
 La niña mimada.  
 Los maridos (refundida.)  
 Mi mamá.  
 Mal de ojo.  
 Mi oso y mi sobrina.  
 Martín Zurbano.  
 Marta y Marta.  
 Madrid en 1818.  
 Madrid á vista de pájaro.  
 Miel sobre hojuelas.  
 Mártires de Polonia.  
 María! ó la Emparedada.

Misericordias de aldea.  
 Mi mujer y el primo.  
 Negro y blanco.  
 Ninguno se entiende, ó un hom-  
 bre tímido.  
 Nobleza contra nobleza.  
 No es todo oro lo que reluce.  
 No lo quiero saber.  
 Nativa.  
 Olimpia.  
 Propósito de enmienda.  
 Pescar á río revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Para heridas las de honor, ó el  
 desagradado del Cid.  
 Por la puerta del jardín.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pecados veniales.  
 Premio y castigo, ó la conquis-  
 ta de Ronda.  
 Por una pensión.  
 Para dos perdices, dos.  
 Préstamos sobre la honra.  
 Para mentir las mujeres.  
 ¡Que convido al Coronel!...  
 ¡Que mucho abarca!  
 ¡Qué suerte la mía!  
 ¿Quién es el autor?  
 ¿Quién es el padre?  
 Rebeca.  
 Ribal y amigo.  
 Rosita.  
 Su imagen.  
 Se salvó el honor.  
 Santo y peana.  
 San Isidro (Patron de Madrid.)  
 Sueños de amor y ambición.  
 Sin prueba plena.  
 Sobresaltos de un marido.  
 Si la mula fuera buena.  
 Tales padres, tales hijos.  
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.  
 Tod unos.  
 Torbellino.  
 Un amor á la moda.  
 Una conjuración femenina.  
 Un dómimo con o hay pocos.  
 Un pollito en calzas púctas.  
 Un huesped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Uno de tantos.  
 Un marido en ensrte.  
 Una lección reservada.  
 Un marido sustuto.  
 Una equivocación.  
 Un retrato á quemarropa.  
 ¡Un Tiberio!  
 Un lobo y una raposa.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un son-brero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una lección de corte.  
 Una festa.  
 Un paje y un caballero.  
 Un si y un no.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una lección de mundo.  
 Una mujer de historia.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 ¡Un regalido!  
 Un marido cogido por los cabe-  
 llos.  
 Un estudiante novel.  
 Un hombre del siglo.  
 Un vicio pollo.  
 Ver y no ver.  
 Zamarrilla, ó los bandidos de la  
 Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.  
 Arnas ó buena ley.  
 A cual mas feo.  
 Ardid y cuchilladas.  
 Clavevina la Gitana.  
 Cupido y Marte.  
 Cépro y Flora.  
 D. Sisnando.  
 Doña Mariquita.  
 Don Crisanto, ó el Alcalde pro-  
 veedor.  
 Don Pascual.  
 El Bachiller.  
 El doctriño.  
 El ensayo de una ópera.  
 El calesero y la maja.  
 El perro del hortelano.  
 En cuenta y en Marruecos.  
 El león en la ra tonera.  
 Enredos de carnaval.  
 El delirio (drama lírico.)  
 El Postillon de la Rioja (Música.)  
 El vizconde de Letorieres.  
 El mundo á escape.  
 El capitán español.  
 El corneta.  
 El hombre feliz.  
 El caballo blanco.  
 El colegial.  
 El último mono.  
 El Primer vuelo de un pollo.  
 Entre Pinto y Valdemoro.  
 El magnetismo... ¡animall!  
 El califa de la calle Mayor.  
 En las astas del oro.

El mundo nuevo.  
 El hijo de D. José.  
 Entre mi mujer y el primo.  
 El noveno mandamiento.  
 El juicio final.  
 El corro negro.  
 El hijo del Lavapiés.  
 El amor por los cabellos.  
 El mtndo.  
 El Paraíso en Madrid.  
 El elixir de amor.  
 El sueño del pescador.  
 Giralda.  
 Harry el Diablo.  
 Juan Lanas. (Música.)  
 Jacinto.  
 La lítera del Oidor.  
 La noche de ánimas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro  
 omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (Música.)  
 Los dos flamantes.  
 La modista.  
 La colegiala.  
 Los conspiradores.  
 La espada de Bernardo.  
 La hija de la Providencia.  
 La roca no gra.  
 La estatua encantada.  
 Los jardines del Buen retiro.  
 loco de amor y en la corte.  
 La venta encantada.  
 La loca de amor, ó las prisiones  
 de Edimburgo.

La Jardinera. (Música.)  
 La toma de Tetuan.  
 La cruz del valle.  
 La cruz de los Numeros.  
 La Pastora de la Alcarria.  
 Los herederos.  
 La pupila.  
 Los pecados capitales.  
 La gitaniilla.  
 La artista.  
 La casa roja.  
 Los piratas.  
 La señora del sombrero.  
 La mina de oro.  
 Mateo y Matea.  
 Moreto. (Música.)  
 Matilde y Malek-Adhel.  
 Nadie se muere hasta que Dios  
 quiere.  
 Nadie toque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por sorpresa.  
 Por amor al prójimo.  
 Peluquero y marqués.  
 Pablo y Virginia.  
 Retrato y original.  
 Tal para cual.  
 Un primo.  
 Una guerra de familia.  
 Un cocinero.  
 Un sobrino.  
 Un rival del otro mundo.  
 Un marido por apuesta.  
 Un quinto y un sustituto.

## PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

### PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vinent.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Malaga.</i>	J. G. Taboada y F. de
<i>Alueña.</i>	Alvarez Hermanos.		Moya
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	M. Planas.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Mataró.</i>	N. Clavel.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Bartumeus y	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
	Cerdá.		de Adrion.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Burgos.</i>	T. Arcaiz y A. Hervias.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Caceres.</i>	H. G. Perez.	<i>Palencia.</i>	Peralta y Menendez.
<i>Cádiz.</i>	Verdugo y Compañia.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert,
<i>Canarias.</i>	F. Maria Pogg, de Santa	<i>Pamplona.</i>	J. Bios.
	<i>Cruz de Tenerife.</i>	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Cartagena.</i>	J. Mellado y Orcajada.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. A. Rafoso.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>Puerto-Rico.</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Córdoba.</i>	M. Garcia Loyera.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cuena.</i>	J. Lago.	<i>Santlúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Ecija.</i>	M. Mariana.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda.
<i>Ferrol.</i>	J. Giuli.	<i>Santander.</i>	Miguel Ruano.
<i>Gerona.</i>	N. Taxonera.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Gijon.</i>	F. Dorca.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Granada.</i>	Crespo y Graz.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Guadaluajara.</i>	é Hijos de Zamora:	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Habana.</i>	R. Obana.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Huelva.</i>	N. Geb Ilos.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Huesca.</i>	J. P. O. orno.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y
<i>Játiva.</i>	K. Guillen.		Mariana y Sanz.
<i>Jerez.</i>	J. Perez Flixá.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz
<i>Leon.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Lerida.</i>	Minon Hermano.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
<i>Logrono.</i>	M. Balespi.	<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Conin
	P. Briebe.		Comp. y V. de Heredia

### MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.